ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

H. P. B. Y LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

IMPRESIONES EN EL DÍA DEL LOTO BLANCO

POR A. FULLERTON.

La personalidad de H. P. Blavatsky seguirá siendo siempre un problema insoluble para los teosofistas. Sus poderes maravillosos de una parte, y de otra sus no menos sorprendentes debilidades, sus contradicciones, sus incompatibilidades, los hechos palpables que contradicen los hechos necesarios: todo esto constituye un compuesto que sólo puede ser descrito parcialmente, ó imperfectamente penetrado, y que no puede en modo alguno comprenderse. Sólo hay dos especies de seres que puedan comprenderla: los Maestros que le confiaron su misión y los Iniciados de igual grado que ella.

Como todo carácter humano, ella debe haber sido el producto de la evolución. Sin embargo, ¿cómo es posible una evolución que dé por resultante cualidades estupendas en un sentido, y en otros conceptos se halle hasta por debajo del nivel normal? ¿Cómo se concilia la H. P. B. de *La Doctrina Secreta* y la H. P. B. de *Hojas de un antiguo Diario?* (1). ¿Cómo se puede combinar el obligado conocimiento de un Iniciado con una ignorancia imposible hasta para un aspirante á chela?

(1) Por el Coronel Olcott.

El Coronel Olcott ha demostrado que ella no sabia nada de Reencarnación (1) durante el tiempo que pasó en América, y que ambos la ignoraban hasta que la conocieron en la India, y sin embargo es la doctrina fundamental de la filosofía teosófica que ella debió estudiar cuando estuvo con anterioridad en la India, así como también durante su chelado en el Tibet. Cuando fué á los Estados Unidos ella era ya una ocultista práctica avanzada, y sin embargo no poseía algunos de los rasgos que ella, en sus propios escritos, asegura ser condiciones indispensables hasta para el primer paso en el Ocultismo.

Es imposible comprender á H. P. B. Los que mejor la conocieron han sido los que más confundidos han estado. Mientras más la conocían más grande era la perplejidad. Era fácil quererla, reverenciarla, aprender de ella: el explicarla era imposible.

Y sin embargo, el mismo misterio que rodeaba á H. P. B. puede justificar el que se la considere desde todos los puntos de vista posibles. Muchas veces me ha impresionado un hecho notable: el paralelo singular entre los grados visibles de su primitiva carrera, y los de la carrera de la Sociedad que ayudó á fundar, y por la cual vivió y trabajó hasta que terminó su encarnación. En cada caso se han marcado

---

(1) Efectivamente, el Coronel Olcott trata de demostrar en sus *Hojas de un antiguo Diario*, que H. P. B. ignoraba la Reencarnación cuando escribió *Isis Sin Velo*, llegando hasta suponer que podría ser igualmente ignorada de los mismos Adeptos de quienes entonces recibían instrucción, fundándose en que en aquella época no le fué á él enseñada. Hemos leído atentamente las razones y pruebas que aduce el Coronel Olcott en pro de tal afirmación, y hemos llegado al pleno convencimiento de que nuestro venerable Presidente, al traer á la memoria aquellas circunstancias, se dejó sugestionar por las mismas impresiones que en aquella época tuviera. Lo que en nuestro concepto sucedió es que ni H. P. B. ni los Adeptos que cooperaron á escribir *Isis Sin Velo*, tuvieron por conveniente entonces iniciar al Coronel Olcott en este punto de las enseñanzas, porque las únicas ideas que circulaban en aquel tiempo relativas á esta doctrina, eran las de la reencarnación y desarrollo del proceso evolutivo en otros mundos superiores, tal como las sustentaba Allan Kardec en sus obras, que constituían el credo de los espiritistas franceses y españoles, al paso que los espiritistas americanos é ingleses no admitían tal doctrina. El Coronel Olcott, en apoyo de su tesis, cita párrafos de *Isis* en que, según él, se niega la Reencarnación de una manera inequívoca. He aquí ahora los párrafos (vol. I, pág. 351, edición inglesa), los cuales, en nuestro concepto, sólo demuestran lo sugestionado que aún se hallaba el Coronel:

"Presentaremos ahora unos fragmentos de esta doctrina misteriosa de la Reencarnación — como distinta de la transmigración — *la cual hemos recibido de una autoridad*. La Reencarnación, esto es, la aparición de un mismo individuo, ó más bien de su *mónada Astral*, dos veces en el mismo planeta, no es una regla de la naturaleza, es una excepción como el fenómeno teratológico de un niño con dos cabezas...

La causa de ello — sigue diciendo el Coronel Olcott — cuando sucede, es porque el designio de la naturaleza de producir un ser humano perfecto ha sido interrumpido, y por tanto, tiene que intentarlo de nuevo. Tales ca-

mucho tres períodos, y son muy sugestivos aun cuando nada probasen.

La primera publicidad de H. P. B. estaba relacionada con los fenómenos. Lo que ella hizo en la casa de los Eddy y durante su vida en los Estados Unidos, no fué, verdaderamente, sino un preludio de lo que ocurrió más en grande durante su estancia en la India; pero su cualidad especial entonces y durante el primer período de su carrera, fué la del poder oculto. Nosotros, por supuesto, creemos que esta exhibición de poder oculto era necesaria para sorprender á una época materialista y hacerle reconocer la existencia de un mundo y leyes ocultas, pero no por eso es menos verdad que H. P. B. apareció primero como un Mago Blanco. Durante algunos años produjo fenómenos maravillosos, y por esta razón es por lo que el mundo teosófico presente la vuelve á llamar la productora de maravillas, la poseedora de prerrogativas ocultas: este fué el primer papel de H. P. B.

Pero pronto siguió un segundo período, el literario. *Isis Sin Velo* principió la larga serie de obras filosóficas que constituirán por siempre una parte de la biblioteca de la humanidad. Fué entonces su misión el exponer la cosmogonía, la evolución terrestre y humana, las

---

sos excepcionales, explica H. P. B., son casos de aborto, niños que mueren antes de cierta edad y los de idiotismo congénito é incurable. En tales casos los principios superiores no han podido unirse á los inferiores, y por tanto, no ha nacido un ser perfecto. Pero (continúa la cita de *Isis*):

"Si la razón se ha desarrollado hasta el punto de ser activa con criterio propio, no hay Reencarnación en esta tierra; pues las tres partes del hombre trino se han unido y es capaz de seguir adelante. Pero cuando el nuevo ser no ha pasado del estado de mónada, ó como sucede con el idiota, la trinidad no se ha completado, la chispa inmortal que lo ilumina tiene que volver á entrar en el plano terrestre por haber fracasado en su primer intento. De otro modo, el alma mortal ó astral y el alma divina no podían progresar unidas y pasar adelante á *otras esferas*."

El subrayado de las palabras es mío—dice el Coronel Olcott—y así fué enseñado.

Ahora bien; leído lo transcrito de *Isis* sin el juicio preconcebido del Coronel Olcott, *no se encuentra contradicción alguna* con la actual enseñanza de la Reencarnación, sino simplemente la exposición del hecho, hoy bien conocido y explicado, de los casos excepcionales de la reencarnación de la mónada ó entidad *Astral*, la cual *jamás se reencarna* sino en los casos de la "muerte de los niños antes de cierta edad", de los idiotas congénitos, y también en muchos de los casos en que la triada superior rompe durante la vida su conexión con el cuaternario inferior, y éste sigue reencarnándose cada vez menos inteligente hasta convertirse en el "idiota congénito". En cuanto á la frase "de otro modo el alma mortal ó astral y el alma divina no podían progresar unidas y pasar adelante á *otras esferas*", la cual cree también el Coronel Olcott que corrobora su afirmación, demás está el decir que implica claramente el paso de la conciencia superior de la *personalidad* terrestre á uno de los cuatro planos inferiores del Devachán.

Lo que en nuestro concepto ha debido suceder es que en la época en que se escribió *Isis Sin Velo*, la constitución septenaria del hombre era aún un

lecciones de la historia, los hechos internos de la Ciencia, la filosofía del ser y de la vida, el terreno oculto que hace inteligible la vida. Y así, año tras año, en revistas, en periódicos, en controversias, en el *Theosophist* y después en el *Lucifer*, continuó este múltiple é inmenso trabajo literario. Se fué revelando más y más lo que los hombres necesitaban saber, si querían conocer á su mundo y á sí mismos, los hechos vitales que yacen en el fondo de la humanidad y del desenvolvimiento humano. Por supuesto, la cúspide de toda esta producción mental fué *La Doctrina Secreta*, esa obra maravillosa que será durante décadas, ó quizá durante siglos, el libro de texto del Ocultismo.

Pero luego tuvo un tercer período H. P. B., el de Guía. Ella había enseñado filosofía y ciencia; ahora iba á enseñar ética y religión. Habiendo dado al Occidente los grandes principios y leyes que iluminan el origen y evolución humanos, quedaba por enseñar su aplicación al desarrollo sublime del alma, y el por qué y cómo hemos de alcanzar alturas divinas. Ella sacó del tesoro oriental oculto *La Voz del Silencio*, un tratado místico que retrata el desenvolvimiento del alma y sus poderes, una obra extrañamente hermosa en su toque sutil de las profundidades del alma, en su metáfora peculiar tan segura de la realidad H. P. B. había iluminado á la humanidad y al estudiante; entonces principió á educar al discípulo. Su actitud pareció cambiar; el fenómeno hacía tiempo que había terminado; su mirada penetraba la verdad de las cosas; el mundo espiritual era su tema. Los que conocieron á H. P. B. en sus últimos años hablan de ella como un guía de las alturas del alma, que saboreaba las cosas que no se ven y que son eternas. Y ella estableció la Escuela Oriental de la Teosofía en su carrera

---

punto esotérico, y principalmente la individualidad ó triada superior que es la que se reencarna, y de aquí que no se enseñase entonces la Reencarnación como hoy se conoce, y que los Maestros no hiciesen una excepción del Coronel Olcott, por no ser éste aún un chela: las reglas de la enseñanza oculta no se violan jamás. Esto comprendido, está claro por qué ni H. P. B. ni los Maestros, comunicaron al Coronel esta enseñanza, cuya circunstancia no parece habérsele ocurrido á pesar de que debe serle bien conocida; asimismo queda explicado por qué no se habla de la reencarnación con claridad en *Isis Sin Velo*, limitándose tan sólo á negar la reencarnación de la personalidad, que entonces llamaban "mónada astral„ á excepción de los casos que se exponen, hechos todos perfectamente ciertos y que están confirmados en las enseñanzas posteriores á *Isis*. Todo esto es lógico, pero lo que no lo es, lo que resulta totalmente inadmisible es que un Iniciado como H. P. B., que, por lo menos, según detalla en su libro el mismo Coronel Olcott, poseía por completo la conciencia astral con todos los poderes que le son inherentes, y bastantes otros que les son superiores, y los mismos Adeptos que les instruían, ignorasen una doctrina que es lo primero que hoy se enseña como el A B C de la filosofía teosófica; el lector juzgará.—(Nota de J. M.).

provisional, suministrando una enseñanza superior al estudiante ansioso en su madurez, colocándole en terreno apropiado para su educación en las verdades espirituales y en las cualidades que deben adquirirse para poder aproximarse á los Maestros.

El paralelo entre este triple aspecto de H. P. B. y de la Sociedad Teosófica, ó más bien entre los períodos sucesivos de la evolución de cada cual, es muy sorprendente. La Sociedad Teosófica fué constituída en su principio para el estudio de los fenómenos. Fué formada para investigar la pretensión de un Mr. Felt, de poder producir elementales visibles. La pretensión era absurda y pronto se demostró que era fraudulenta, pero la Sociedad continuó. El primer libro producido directamente bajo los auspicios de la Sociedad, el primero que introdujo claramente la Teosofía en el hemisferio occidental, fué el famoso libro de Mr. Sinnet, el *Mundo Oculto*. Fué en gran parte dedicado á explicar los fenómenos ejecutados por H. P. B. para justificar y dar validez á la doctrina general de un reino oculto de fuerzas y de vida no sospechado. Sobre esta base se hizo un bosquejo de la filosofía oculta.

Pero este periodo de preparación no duró mucho. Casi inmediatamente principió una era continua de exposición de la Teosofía. Mr. Sinnett tras *El Mundo Oculto*, publicó *El Buddhismo Esotérico*, una obra en donde la Teosofía propiamente dicha fué admirablemente expuesta. Durante años fué el libro de texto teosófico, y aunque solo un precursor, ha sido considerado por Mrs. Besant como indispensable para los estudiantes. Este período literario de la Teosofía, que aún continúa y debe continuar siempre, porque la verdad jamás se agota, está repleto de obras sobre todos los aspectos y contenidos de la Teosofía. Los estudiantes maduraron; escritores de capacidad trataron las doctrinas, cuestiones y problemas con creciente perspicacia, algunos desarrollaron facultades ocultas y descubrieron hechos que de otro modo hubieran sido inasequibles; la literatura de la Teosofía se multiplicó en folletos, revistas y libros, de tal modo, que realmente constituye una parte importante del pensamiento del día. Probablemente ninguna Sociedad, y seguramente ninguna Sociedad tan pequeña, ha producido jamás en tan pocos años una literatura tan rica, variada é instructiva.

Precisamente como sucedió con H. P. B., el aspecto práctico, ético, de devoción de la Teosofía surgió más tarde del filosófico, y ha caracterizado el tercer periodo de la carrera de la Sociedad. La doctrina de la Fraternidad Universal no formaba parte originalmente de su programa, pero fué incluida cuando la parte fenomenal se desvaneció. Los tres objetos, tales como hoy los tenemos, son el resultado de mucha

experiencia y del sentimiento creciente de lo que se significa por «los poderes latentes en el hombre». Ha habido un desarrollo del gran sentimiento de cortesía internacional y de universal fraternidad humana, pero también se ha desenvuelto un interés en la Teosofía como estimulante de la naturaleza espiritual, como un guía á las alturas donde los intereses espirituales dominan. Que la Teosofía es más que una filosofía inteligente, ha sido ya visto; el que tiene que proveer por completo al elemento religioso del hombre, explica las crecientes traducciones de libros sagrados, los análisis de escritos inspirados, y la proporción de tratados de devoción. El alma y no tan sólo la mente; el deber y no tan sólo el conocimiento; la aspiración y no sólo la meditación, son ahora reconocidos, bien recibidos y alimentados. Lo muchísimo que ha hecho en este sentido Mrs. Besant, y lo bien que se han recibido las palabras de místicos contemporáneos en Oriente y Occidente, demuestran este adelanto en la provisión espiritual. Las tres etapas sucesivas de la literatura de la Sociedad Teosófica se hallan debidamente ilustradas por uno de los más insignes autores de la Sociedad Teosófica, Mr. Sinnett. Al *Mundo Oculto* hizo seguir *El Buddhismo Esotérico* y á éste *El Crecimiento del Alma*.

Y de este modo parece haber habido un marcado paralelo evolutivo entre H. P. B. y la Sociedad que ayudó á fundar y que constituyó el interés más amado de su vida. El carácter algún tanto bohemio, el despliegue de poderes ocultos, y algunas veces el casi jugar con los fenómenos, se transformó en el profundo y gran Instructor, explicando verdades hasta entonces desconocidas y descubriendo hechos recónditos de la Naturaleza; y luego pasó á ser el Guía grave y ansioso, que apuntaba á las verdades espirituales y al modo en que podían ser penetradas. La solemnidad de su misión pareció que se le imponía más y más, su antiguo descuido de lenguaje y maneras se atenuó, mostróse en ella una gran bondad en vista de las miserias humanas, el antiguo círculo de los curiosos y de los buscadores de maravillas se desvaneció, y ella se rodeó de estudiantes ansiosos que deseaban aprender, ayudar y trabajar. Mostróse más de la luz interna á través del misterioso ser; ella no podía ser comprendida por completo, pero fué más venerada, más amada. El homenaje de gratitud de sus discípulos, el tierno afecto de aquellos que realmente la conocían, se hallan expresados en *A Memorial Volume to H. P. B.*

H. P. B., ciertamente, progresó en carácter aparente y en cualidades externas. Es una cuestión muy interesante lo que hubo de verdadero progreso interno. ¿Estaba ella cambiando talmente de un modo

consciente durante esos años? He aquí otro enigma: cuando se embarcó para América por orden de los Maestros, ¿sabía ella la naturaleza de su futura misión? Ella debía ser entonces un Iniciado, pues lo prueban sus prerrogativas y poderes ocultos; pero entonces ¿cómo podía ignorar el objeto para que había sido ejercitada, los hechos de su propia naturaleza y experiencia que hacían su misión palpable? Sin embargo, por otra parte, ¿por qué estaba ella tan aparentemente á obscuras respecto de aquélla, y por qué en su estado avanzado de progreso era necesaria una evolución en un sentido que debió haber desarrollado muchísimo tiempo antes? Si ella veía que su misión era espiritual, ¿por qué era tan indiferente respecto del lenguaje y costumbres que estaban en conflicto con aquélla?; y si no lo hacía, ¿cómo el chelado no lograba lo que la gente vulgar percibe intuitivamente como esencial? (1). Y además, si ella tenía realmente conciencia de la necesidad de evolucionar, ¿por qué en su estado avanzado de progreso no poseía suficiente fuerza de voluntad adecuado á su inmediato desarrollo?, y por otra parte, si no tenía conciencia de esto, ¿cómo pudo verificar el progreso que verificó en tan pocos años? Cuanto más profundizamos el asunto, tanto más grande nos parece el enigma.

El gran cambio de H. P. B. explica por qué aquellos que la conocieron bajo su primitivo aspecto, y aquellos que la conocieron en el último, encuentran sus concepciones tan opuestas. Los que están familiarizados con la historia de la Sociedad Teosófica durante años, saben muy bien que el punto de vista del Coronel Olcott y el del estado mayor de Avenue Road, eran tan diversos, que casi llegó á originar anta-

(1) El escritor alude aquí al genio fuerte, casi iracundo, y al lenguaje y maneras desenvueltos que mostró H. P. B. durante una gran parte de su vida, y que jamás pareció preocuparse de reprimir y modificar, circunstancia que ha confundido siempre á los teosofistas en general. Y preguntamos nosotros: ¿no serían esos defectos superficiales de carácter, aparentes ó reales, una *necesidad* para el mejor éxito de la misión que llevó á cabo? Si en lugar de ser un carácter por todo extremo anormal y extraordinario, hubiera sido simplemente solo una mística más ó menos espiritual ¿hubiese entonces, por ventura, hecho el ruido que hizo y revuelto medio mundo intelectual, como lo verificó la indómita y la mansa, la iracunda y la dulce, la profunda y la aparentemente superficial, la espiritual y la despreocupada, la colosalmente sabia é instruída y la ignorante, pero la siempre, siempre bondadosa, generosa, desprendida, abnegada y leal H. P. B.? En cuanto á nosotros, estamos perfectamente convencidos que los aparentes ó reales defectos de H. P. B., ninguno de ellos grave después de todo, y todos más ó menos superficiales, contribuyeron al éxito de su misión en nuestro mundo esencialmente defectuoso, tanto por lo menos como sus virtudes; en una palabra, que en esa misma mezcolanza consistió su mayor poder; una naturaleza ó carácter exclusivamente místico, hubiera atraído á los místicos y á los espirituales solamente y hubiera repelido á los más materiales y defectuosos, que eran los que más importaba conquistar.—(N. de J. M.).

gonismo. El Coronel Olcott la conoció como la alegre camarada, la bohemia excéntrica, la de genial conversación, la posecdora de poderes mágicos, la precursora sin miedo de la Teosofía, la constante asociada de los Maestros, un gran maestro ella misma. Pero después que se estableció finalmente en Europa, y cuando el aspecto de la escritora de *La Voz del Silencio* hubo reemplazado á la asociada de New York y de Madras, él vió muy poco más de ella. Nunca se apercibió realmente de la diferente H. P. B. Y de otra parte, su círculo íntimo en Avenue Road, que la conocía principalmente como su guía espiritual, encontraba el concepto de New York imposible. Para el Coronel Olcott el concepto de Avenue Road era una apoteosis; para Avenue Road el concepto de New York era un sacrilegio. Todo esto era muy natural é inevitable, y sin embargo H. P. B. había facilitado los fundamentos para ambas opiniones.

«No hay religión más elevada que la Verdad»; nada es tan saludable como un hecho; la ilusión bajo ningún concepto es conveniente. Esto es tanta verdad acerca de H. P. B. como acerca de cualquier otro personaje ó verdad histórica. Si la consideramos como un oráculo infalible, como un ser cuyas palabras eran siempre sanas, inerrables, sin impugnación posible, cuyo juicio llevaba consigo una autoridad divina y era concluyente, creamos, simplemente, una figura ideal pero imaginaria, y nos estrellamos contra hechos incontestables que ni se mueven ni ceden. Sin embargo, no cometeremos un error menor si dejamos de ver su grandeza, su grado colosal, esas cualidades maravillosas de su carácter, de su vida y de sus hechos, su clara función de una misión de los Maestros, sus servicios inapreciables á la causa del esclarecimiento é impulsión espiritual humanos, la realidad de su gran misión. No es irreverente concederle imperfecciones; sería estúpido no sentir su grandeza. Para un teosofista el deificarla sería incongruente, y el difamarla sería vergonzoso. ¿Cómo ajustar sus proporciones, cómo combinar lo aparentemente incombinable? ¿Quién puede saberlo? Pero no lo necesitamos. Muy á menudo tenemos que aceptar en la vida hechos incompatibles, admitiendo á ambas clases, por que ambas están probadas, pero confesando francamente que en nuestro estado de progreso la reconciliación es imposible. Y si esto es verdad en lo que concierne á los hechos de la vida, ¿por qué no ha de ser lo mismo acerca del intérprete de la vida?

¡Querida, extraña, misteriosa, enigmática H. P. B. En tanto perdure la Sociedad Teosófica, en tanto la S. E. T. continúe atrayendo estudiantes ansiosos á la verdad y á los Maestros que son sus custodios,

afluirá á oleadas alrededor de su nombre la gratitud y la reverencia! ¿Dónde y de qué modo estaríamos nosotros si ella no hubiese abandonado rango, medios y comodidades para convertirse en el trabajador ministro de las necesidades humanas? ¿De dónde viene la preciosa Teosofía que ilumina nuestra vida y muerte, que guía, consuela, anima é inspira, sino de esa á modo de figura de esfinge, cuya naturaleza no conocemos, cuyo ser no podemos penetrar, pero cuya voz resuena á través de las profundidades de nuestras almas y nos despierta á una vida más elevada? Los que no conocieron á H. P. B. le rendirán el agradecido homenaje debido al Maestro abnegado que trajo la luz á los que se hallaban en las tinieblas; aquellos de nosotros que la conocimos nos inclinamos con una veneración aún más profunda, y en la ternura del espíritu le ofrecemos nuestros corazones á ella que nos amaba y se sacrificó por nosotros.



EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación).

AHORA bien; la importancia de San Timoteo como representante de la siguiente generación de instructores cristianos, es indudable. Fué discípulo de San Pablo y designado por él para guiar y gobernar una parte de la Iglesia. Por lo visto, había sido iniciado en los Misterios por el mismo San Pablo, á lo cual se hace referencia según resulta de las frases técnicas empleadas otra vez como clave. «Este cargo te doy, hijo Timoteo, con arreglo á las profecías que de ti se dijeron» (1): la solemne bendición del Iniciador que admitía al candidato; pero el Iniciador no estaba sólo presente: «No descuides el don que está en ti, el cual te fué dado por profecía, con la imposición de manos del Presbiterio» (2), de los Hermanos Mayores. Y le recuerda que se atenga firmemente á esa «eterna vida, á la que también estás llamado, habiendo hecho una buena profesión delante de muchos testigos» (3)—los votos del nuevo Iniciado, hechos en presencia de los Hermanos Mayores y de la

(1) I, Tim., I, 18.
(2) *Ibid*, IV, 14.
(3) *Ibid*, VI, 12.

asamblea de Iniciados. El conocimiento que entonces se comunicaba era el cargo sagrado que hace exclamar con tanta vehemencia á San Pablo: «¡Oh, Timoteo, guarda bien lo que te ha sido confiado!» (1): no el conocimiento que en común poseían los cristianos, respecto del cual ninguna obligación especial había contraído Timoteo, sino el sagrado depósito que se le había transferido como Iniciado, esencial á la prosperidad de la Iglesia. San Pablo, posteriormente, vuelve sobre lo mismo, poniendo particular empeño en asunto de tan suprema importancia, de un modo que resultaría exagerado, si tal conocimiento hubiese sido propiedad común de los cristianos: «Retén la forma de las sanas palabras que de mí oiste..... Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que habita en nosotros» (2)—la más seria invocación que labios humanos pueden formular. Además, era obligación suya el proveer á la debida transmisión de este sagrado depósito, para que fuese pasando de mano en mano á las futuras generaciones, y así la Iglesia no careciese jamás de verdaderos instructores: «Las cosas que has oído de mí ante muchos testigos» — las sagradas enseñanzas orales, dadas en la asamblea de Iniciados, que atestiguaban la exactitud de la transmisión — «esto encarga á hombres fieles, que sean idóneos para enseñar también á otros» (3).

El conocimiento, ó si se prefiere otra palabra, la suposición de que la Iglesia poseía estas enseñanzas ocultas, arroja una gran luz sobre las diseminadas indicaciones que San Pablo hizo respecto de sí mismo, y cuando se las reune, nos encontramos con un bosquejo de la evolución del Iniciado. San Pablo declara que aun cuando se hallaba ya entre los perfectos, los iniciados — pues dice: «Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos» — él no había aún «alcanzado», ni era, á la verdad, del todo «perfecto», porque no había aún ganado á Cristo, no había alcanzado todavía «la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús», «la virtud de Su resurrección, y la participación de Sus padecimientos, en conformidad á Su muerte»; y procuraba «si en alguna manera llegase á la resurrección de los muertos» (4). Porque esta era la Iniciación que libraba, la que hacía al Iniciado Maestro Perfecto, el Cristo Resucitado, libertándole finalmente de los «muertos», de la humanidad que se halla dentro del círculo de la generación, de los lazos que sujetan el alma á la materia grosera. Aquí se presentan de nuevo numerosos términos técnicos; y aun el lector más superficial encontrará patente que la «resurrección de los muertos» de que aquí se trata, no puede ser la común resurrección que profesa el Cristianismo moderno; pues considerándose ésta inevitable para todos los hombres, es evidente que no requiere ningún esfuerzo especial por parte de nadie para alcanzarla. A la verdad, la palabra misma «alcanzar» estaría fuera de lugar aplicada á un

(1) *Ibid*, 20.
(2) II, Tim. I, 13, 14.
(3) *Ibid*, II, 2.
(4) Filip. III, 8, 10-12, 14, 15.

acontecimiento universal é ineludible. San Pablo no podía evitar *esta* resurrección, conforme al punto de vista del Cristianismo moderno. ¿Cuál era, pues, la resurrección para cuyo logro estaba haciendo tan vehementes esfuerzos? Una vez más la única respuesta procede de los Misterios. En ellos, cuando el Iniciado se aproximaba á la especial Iniciación que libraba del ciclo de las reencarnaciones, del círculo de la generación, era llamado «el Cristo que sufre»; entonces tomaba parte en los padecimientos del Salvador del mundo, era crucificado místicamente, «obraba en conformidad á su muerte», y así alcanzaba la resurrección, la intimidad con el Cristo glorificado, después de lo cual la muerte no tenía poder ninguno sobre él (1). Este era «el premio» por el cual acentuaba sus esfuerzos el gran Apóstol, impulsando «á todos los perfectos», y *no á los creyentes ordinarios*, á seguir el mismo empeño. Que no se contentasen con lo que habían conseguido, sino que pugnasen por avanzar.

Esta semejanza del Iniciado con el Cristo es, ciertamente, el verdadero fondo de los Misterios Mayores, como veremos más particularmente cuando estudiemos «El Cristo Místico». El Iniciado no debía ya considerar fuera de sí al Cristo: «Aun si á Cristo conocimos, según la carne, empero ahora ya no le conocemos» (2).

El creyente ordinario estaba «vestido de Cristo»; «porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis vestidos» (3). Entonces ellos eran los «niños en Cristo», á quienes ya se ha hecho referencia, y Cristo era el Salvador á quien acudían en demanda de socorro, teniendo conocimiento de Él, «según la carne». Mas cuando ellos habían dominado la naturaleza inferior y dejaban de ser «carnales», entonces estaban á punto de entrar en un sendero más elevado, y de convertirse á sí mismos en Cristo. Esto, que el Apóstol había ya alcanzado, era lo que ansiaba para sus discípulos: «Hijitos míos, que vuelvo otra vez á estar de parto de vosotros, hasta que Cristo sea formado *en vosotros*» (4). Él era ya su padre espiritual, «que yo os engendré por el evangelio» (5) dice. Pero ahora quería darlos de nuevo á luz, conducirlos como madre á un segundo nacimiento. Entonces el niño Cristo, el Niño Santo, nacía en el alma, «el hombre del corazón que está encubierto» (6); así el Iniciado se convertía en este «Niño Pequeño»; en lo sucesivo debía vivir en su propia persona la vida del Cristo, hasta llegar á ser el «varón perfecto á la medida de la edad de la plenitud de Cristo» (7).

---

(1) Apoc. I, 18. «Yo soy El que vivo y he sido muerto; y hé aquí que vivo por siglos de siglos. Amén.»

(2) II, Cor., V, 16.

(3) Gal. III, 27.

(4) Gal, IV, 19.

(5) I, Cor. IV, 15.

(6) I, San Ped., III, 4.

(7) Ef., IV, 13.

Entonces él, como lo estaba haciendo San Pablo, cumplía en su carne las aflicciones de Cristo (1), «llevando siempre por todas partes la muerte de Jesús en el cuerpo» (2), de suerte que podía decir en verdad: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y vivo; no ya yo, mas vive Cristo en mí» (3). Así sufría el Apóstol mismo; de ese modo se describía. Y cuando ha terminado la lucha, cuán diferente es el reposado acento del triunfo del violento esfuerzo de los primeros años: «Yo ya estoy para ser ofrecido, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia» (4). Esta corona se daba «al que vencía», de quien decía el Cristo ascendido: «yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá fuera» (5). Porque después de la «Resurrección» el Iniciado se ha convertido en el Hombre Perfecto, en el Maestro, y no vuelve ya á salir del Templo, sino que desde él sirve á los mundos y los guía.

Conviene indicar, antes de terminar este capítulo, que el mismo San Pablo autoriza el empleo de las enseñanzas místicas teóricas, para explicar los sucesos históricos consignados en las Escrituras. No considera la historia trazada en ellas como meros anales de acontecimientos ocurridos en el plano físico. Siendo un verdadero místico, veía en los sucesos físicos las sombras de las verdades universales desarrollándose constantemente en mundos más íntimos y elevados, y sabía que los sucesos escogidos para ser conservados en los escritos ocultos, eran típicos, debiendo servir su explicación para instruir á los hombres. Así coge la historia de Abraham, Sara, Agar, Ismael é Isaac, y afirmando que «estas cosas son dichas por alegoría», procede á dar la interpretación mística (6). Refiriéndose á la huída de los israelitas de Egipto, habla del Mar Rojo como de un bautismo, del maná y del agua, como vianda y bebida espiritual, de la roca de donde fluía el agua, como Cristo (7). Ve el gran misterio de la unión de Cristo con Su Iglesia en la relación humana del marido y la mujer, y habla de los cristianos como la carne y los huesos del cuerpo de Cristo (8). El autor de la Epístola á los hebreos interpreta alegóricamente todo el culto judío. En el templo ve una copia del templo celestial; en el Sumo Sacerdote ve á Cristo; en los sacrificios, la ofrenda del Hijo sin mancha; los sacerdotes del templo no son sino «sombra y bosquejo de las cosas celestiales», del sacerdocio celestial que sirve en «el verdadero tabernáculo». Desde los capítulos tercero al décimo, ambos

(1) Col., I, 24.
(2) II, Cor., IV, 10.
(3) Gal., II, 20.
(4) II, Tim., IV, 6-8.
(5) Apoc., III, 12.
(6) Gal., IV, 22-31.
(7) I, Cor., X, 1-4.
(8) Ef., V, 23-33.

inclusive, se desarrolla una muy trabajada alegoría, dando á entender el autor que el Espíritu Santo quería significar así el sentido más profundo; todo era «figura de aquel tiempo presente».

Este concepto de los escritos sagrados no implica que los acontecimientos que se consignan no hubiesen sucedido, sino que su realización física era una cuestión de menor importancia. Tal explicación equivale á levantar el velo de los Misterios Menores, que es la enseñanza mística que se permite dar al mundo. No es esto, como muchos creen, un mero juego imaginativo, sino el resultado de una verdadera intuición que ve los modelos en el plano celeste, y no ya sólo las sombras que aquéllos proyectan sobre el bastidor del tiempo terrestre.

(Se continuará).



NUESTRAS IDEAS ESTÉTICAS (1)

En cierto prólogo sobre asunto puramente literario, al querer definir la emoción de belleza, dije: «Sentir la belleza es percibir la unidad del Universo en la armonía de las cosas»; agregando comentarios que, dado el asunto principal y la naturaleza digresiva de aquel postulado, no pudieron ser ni lo bastante extensos, ni lo suficientemente especiales.

Trato, ahora, de hacer esto; aunque no se me oculten, así la dificultad que emana de la carencia de definiciones precisas como el implícito obstáculo que apareja el intento de especular sobre cosa tenida hasta hoy por indefinible. En efecto, se ha convenido después de mucho discutir, en la imposibilidad de llegar á una definición enteramente comprensiva de la belleza, que es un accidente en la triple manifestación para nosotros asumida por la incognoscible *Realidad*; y siendo los otros dos accidentes — vale decir la verdad y el bien — substancialmente idénticos con el de que se trata, es claro que no sólo ha de serles aplicable también la cualidad negativa antes mencionada respecto á éste, sino que no ha de encontrársele á ninguno una neta espe-

(1) Con verdadero placer reproducimos el presente trabajo (inserto en la revista *Philadelphia*, de Buenos Aires), tanto por la materia de que trata, sobre la que existe muy poco escrito en la literatura teosófica, como por ser uno de los más bellos estudios del poeta argentino, autor de *Las Montañas del Oro*, Leopoldo Lugones.

cificación. Los tres son uno, y manifiestan á la *Realidad* como negaciones, del mismo modo que al agua su falta de color, olor y sabor; pues implicando la realidad una absoluta ausencia de ilusión, y siendo ésta el todo para nosotros, dado nuestro concepto meramente fenomenal del Universo—la existencia de aquélla no puede ser afirmada sino por la negación de toda cualidad. Las cualidades son los aspectos de la ilusión, y como dependen de ésta, son transitorias. Ahora bien; no hay más que una cualidad que haga posible al ser: la de existir. Y ésta es precisamente la que, hasta por definición, le falta á la ilusión; de modo que afirmar el ser implica negar todas las cualidades que le atribuimos.

En rigor, esto obligaría á la negación de la belleza, del bien y de la verdad, y en pura abstracción es así, no siendo aquellos tres otra cosa, como queda dicho, que aspectos de la *Realidad*, es decir ilusiones á su vez. Pero ya es sabido cómo el único medio de agotar la ilusión es experimentarla, y de aquí que en las presentes condiciones humanas debamos vivir en ella, estudiándola teórica y prácticamente, por ser el único camino de la Realidad. *Errando deponitur error.*

Fácilmente se comprende que la existencia de un andamiaje, implica un edificio inconcluso; pero también no es menos cierto que por medio del andamiaje se concluirá el edificio. Es nuestro caso. El hecho de pluralizar el aspecto necesariamente único de la *Realidad*, significa que no la poseemos; mas al mismo tiempo, nos da la seguridad futura de su posesión. Cuanto mejor estudiemos tales aspectos, más habremos tendido á acentuar su convergencia hacia el ápice donde, por la negación de sus cualidades particulares, han de afirmar la de existir que les es común, y cuya condición esencial es la unidad, según se ha visto.

Si bien toda negación supone una afirmación previa, ambas componen por partes iguales nuestro conocimiento, sin prioridad de la una sobre la otra. Y así, nuestra certidumbre depende del contraste, que necesariamente implica dualismo, careciendo por consiguiente de la condición esencial de la existencia; es *certidumbre*, pero no *realidad.* Así, el conocimimiento de lo bello, no sería tal sin el conocimiento de lo feo; el de lo verdadero sin el de lo falso; el de lo bueno sin el de lo malo. El egoismo resulta de la lucha por la eternidad que estos aspectos transitorios libran, para imponerse como realidades, y es imposible que tal lucha cese sin la previa desaparición de la fuente de todo egoismo: la ilusión de la personalidad.

Ahora bien; tiende á esto sin duda, la resolución de las personalidades pequeñas en otras mayores que van constituyendo seres cada vez más elevados: aunque el proceso comienza en el Universo al revés,

es decir, por desdoblamiento de éstos, continuado hasta la mitad del ciclo de manifestación, para de ahí volver por síntesis á la primitiva unidad.

El más elevado carácter de este proceso lo asume la idea panteísta, en virtud de la cual el Universo es la única persona, en su grande y sencilla dualidad de fuerza y materia, ó noumeno y fenómeno, según que se lo considere física ó metafísicamente; pues más allá sólo quedan las negaciones que conducen, por eliminación, á la afirmación de lo Absoluto. El Universo, considerado del modo que expresan éste y el anterior párrafo, es el extremo límite en que podemos concebir la negación de la personalidad dentro del raciocinio corriente; y de paso, esto es lo contrario del idealismo que dice: el mundo es mi representación; pues para el hombre resulta al revés, y él viene á ser el microcosmos creado á imagen y semejanza del Ser Supremo (1).

El Arte, sobre todo en su más compleja si no más perfecta manifestación, la poesía, parece como que ha presentido ésto, siendo, desde las edades más remotas, declaradamente panteísta. La gran ley de la analogía, en virtud de la cual «lo que está arriba es como lo que está abajo», tiene su formulación en la metáfora, alma de la poesía. Comparar (y de paso buscaré los ejemplos más vulgares), á los ojos de la mujer amada con las estrellas, ¿qué es sino exaltar la facción humana hasta los astros, y en el mismo movimiento traer los astros á nuestro alcance, por la analogía del brillo que á una y á los otros es común? Además, y esto es lo importante, las metáforas infundiendo á las cosas el alma de los seres con quienes las comparan, ó simplemente poniendo á las cosas en acción para compararlos, las suponen vida y las personifican. Es la expresión artística de las religiones, á la cual llamamos mitología.

Aquí sale al paso una aparente dificultad. Si la belleza es uno de los tres aspectos fundamentales de la *Realidad*, y si para alcanzarla es menester ir refundiendo en seres cada vez más sintéticos á los que lo son menos, la manera de no conseguirlo es dar un alma á cada cosa, personificándola. La dificultad, ya se ha dicho, es sólo aparente. En efecto, dar un alma á las cosas es afirmar su unidad substancial, manifiesta para el artista en la semejanza que les encuentra, y que no siendo intelectual ni física, tiene que ser emocional. Física no es, porque precisamente un parecido muy visible perjudica á la comparación poética; é intelectual tampoco, porque si sólo interviniera en ésta la ra-

(1) De intento elimino la palabra *Dios*, que, degradada por las religiones positivas, trae aparejado ahora un concepto humanamente personal.

zón, no existiría. Se siente á la metáfora, no se la razona. Su naturaleza emociona, excluye el raciocinio, porque el único medio de comprender una emoción, es experimentarla; de no, serán inútiles todos los raciocinios.

Es la emoción la que personifica; la razón pondera sencillamente los elementos de la comparación, bien que estando todas las facultades en tan íntima unión, y siendo tan desconocidos sus empalmes, es casi imposible determinar cuánto le toca á cada una en la producción del fenómeno mental. A este respecto se procede por aproximación. Sin embargo, es fácil comprender que el raciocinio no entra como elemento principal en las personificaciones. El artista, antes que pensar, *siente* las secretas semejanzas de las cosas que asi manifiestan su unidad substancial; y ora refiriéndolas á su propio ser, humanizándolas como en el politeismo heleno, ora difundiendo su ser en ellos para unificarse con el alma universal, como en el panteismo hindu proclama, implícitamente á lo menos, la unidad espiritual del Todo. El Arte inmortaliza, sólo porque infunde alma á sus creaciones. Y tal fenómeno se opera por medio de la emoción. La obra de arte es siempre una expresión de amor, directa con mucha frecuencia.

¿Dónde está el ser del artista, cuando tiene frente por frente al esbozo escultórico ó pictórico, á la página literaria ó musical? ¿No podria decirse, con verdad, que en ese esbozo y en esa página? ¿Que en ellos vive, que en ellos siente, que en ellos se angustia, abstrayéndose de todas las preocupaciones que el instinto vital requiere, indiferente al alimento y al sueño, al resguardo de la intemperie, á la precaución de la enfermedad, dando sin tasa, en minutos de vida reduplicada, lo más noble de su liga para esa verdadera reproducción, tan imperiosa como la otra, aunque mucho más elevada porque no es ciega?

Las obras de un autor tienen aire de familia como sus hijos. A unas y otros se les reconoce de un modo igual, por más distintos que todos sean; y esto no es un resultado físico, pues precisamente en lo físico se diferencian; ni racional, pues al primer golpe de vista, sin pensarlo siquiera, se lo advierte. Es un fenómeno de simpatía; inconscientemente se ha comprendido al ver la obra, que el autor *está allí*. Pero hay más. No es una peculiaridad persistente lo que designa esa presencia; no la repetición de una palabra ó motivo en la página, de un rasgo en el esbozo, sino la armonía que emana del conjunto. Y es que cada artista tiene su armonia, porque cada uno tiene su unidad. En el ser complejo que todos somos, no se concibe la unidad sin la armonia. Y de aquí que sentir una armonia implica conocer una unidad. *Sentir* una armo-

nía. ¿Se ve ahora por qué doy al sentimiento la prioridad en la obra de Arte? La Magia tiene razón, sin duda, cuando simboliza en el corazón al Sol y en el cerebro á la Luna. Efectivamente, es el sentimiento lo que pone en función á las facultades intelectuales, la luz que ellas devuelvan reflejada en palabras ó en colores, para que sea accesible al ser relativo.

Reflejada he dicho, pues el sentimiento puro, es decir, el fenómeno en virtud del cual nos sentimos uno con la humanidad ó con el Universo, no tiene manifestación objetiva, siendo en su aspecto inferior instinto, y en el superior, conciencia absoluta: lo Inexpresable.

Semejante impotencia de expresar lo que se siente, ocasiona el deje de melancolía visible á poco andar en todo esfuerzo de Arte, y más aún en la poesía. ¿Será, como pretenden algunos, la nostalgia de la patria espiritual, que el hombre experimenta á sus horas; ó, como quieren otros, la conciencia de su aislamiento, resultado de su singularidad como ser reflexivo entre los demás que no lo son; ó todavía el efecto del antagonismo en que se encuentran su indesalojable convicción de inmortalidad y su pensamiento capaz del infinito, con la perecedera instabilidad de su materia y la eterna relatividad de sus nociones? Es todo eso á no dudarlo, pero con facilidad se advierte que también todo eso puede volverse por pasiva en una fórmula más general, si se ha atendido las anteriores consideraciones.

He dicho: vivimos en la ilusión que para nosotros es todo, siendo imposible salir de ella sino agotándola por la experiencia, hasta llegar á la destrucción de la que engendra todos los egoismos: la ilusión de la personalidad. Esto sería reintegrarnos en nuestra unidad con el Todo. Pero la negación de ese *yo* que causa nuestro aislamiento, equivale á la muerte, ó mejor dicho, á la negación de la vida tal como la concebimos, la vida relativa, la vida de ilusión. Nuestro ser resiste, y de aquí el conflicto que el arte manifiesta en sus melancolías. El camino de la Verdad, así como el del Bien, presentan los mismos obstáculos, pues todos conducen á la reintegración de la Unidad primera, por la renuncia del *yo* ilusorio.

Concepto místico, se dirá, y lo aceptaría de buen grado si se ha de dar á la palabra *místico* su verdadera acepción. En efecto, místico es todo aquel que ha llegado á la unidad con el gran Ser. Para el teólogo cristiano, el que llegó por la vía purgativa á la iluminativa, y por ésta á la *unitiva*. Ahora bien; el Arte, por ser panteísta, es místico. Manifiesta la comunidad del alma del artista con el Universo, por la parte de aquella alma que se difundió en éste, y que asegurando la inmorta-

lidad del primero, vuelve inmortales á los seres en que lo manifiesta.

Todo el Arte es armonía; y es más artista quien siente con mayor amplitud la que expresa la unidad del Universo.

La emoción artística, se ha dicho (bien que en un concepto enteramente fisiológico), provoca estados superiores de vitalidad, y á ello debe tender, porque en ello consiste su utilidad. Y bien, se quiere estado de vitalidad superior al que resulta de sentirse uno con el gran Ser en la inmensa armonía que manifiesta su unidad?

Y no es que yo pretenda hacer del Arte una religión activa y de los artistas un sacerdocio militante. El Arte con tendencias políticas ó religiosas, ó patrióticas, sería un subordinado, que es decir un inferior. La propia grandeza del origen que le atribuyo, excluye una suposición semejante. Y lo mismo digo de ese Arte en el cual el hombre es un mero accidente de la naturaleza material, que viene á serlo todo: como viviente un animal, y como ente moral una resultante de fuerzas ciegas.

Nada más lejano del Arte, del *Arte Creador*, que intenta *humanizar* á todos los seres, dotarlos del espíritu superior que es el hombre, para exaltarlos al más elevado nivel; *creador* sólo por esto, pues existiendo aquellos de antemano, la creación consistiría en el alma superior que se les habría infundido. ¡Crear!... Nadie crea; únicamente se repite en otros, hasta ser uno en ellos, y por lo tanto, no distinto de ninguno.

Pero el materialismo actual ha infestado también el Arte, que de *creador* se ha vuelto *repetidor*. Su más alto objetivo es la descripción de la Naturaleza por la naturaleza misma. Y aquel superior intento de elaborarla para espiritualizarla, es pura «metafísica» conforme á la mísera clasificación del positivismo dominante. Nada de encarnar en la Naturaleza descripta una grande idea; á esto lo ha sucedido un avieso determinismo, que considera único móvil la satisfacción de los deseos más egoistas. Es decir, que cuando el hombre tiende más y más al dominio de la materia por la Ciencia, en Arte habría de realizar lo contrario. Ora es el amor carnal, traducido en el culto á la hembra, por el que se llega á proclamar la superioridad de la mujer, signo característico de todas las decadencias. Ora la redención de la humanidad, dependiendo del acceso más ó menos fácil á la satisfacción de las necesidades materiales. Y por encima las fuerzas ciegas — en forma de apetitos — dominando á su natural regente, como si la excesiva influencia de aquella irremediable subordinada, y la redención dependiente de esa esclavitud sensual, fueran los exponentes más claros de semejante paradoja artística.

¡La Naturaleza por la Naturaleza misma! ¡No!... El más noble ob-

jeto del Arte es el hombre. Pero el hombre como entidad espiritual, desde que sólo en tal concepto puede considerársele uno con el Gran Ser.

De aquí que el otro costado del Arte actual—el psicológico—sea tan deficiente como el naturalista. En efecto, se trata de una forma de auto-idolatría (el hombre adorándose á sí mismo) si ligeramente irónica y escéptica en la forma, enormemente ingenua en el fondo. Por considerarse ayer como centro del Universo, hoy como ápice de la animalidad, el hombre ha tendido siempre á adorarse. El actual psicologismo no hace otra cosa. Ese estudio al menudeo de las más nimias acciones, de las ideas más mediocres y fugaces; ese desmenuzamiento de la personalidad, prueba el excesivo valor que se da á cada una de sus partículas—cuanto más pequeña mejor, según parece—para hacer gala de sagacidad, adulando de paso al mediocre que es multitud. Y así poco á poco van desapareciendo del Arte los héroes. ¡Si los mismos caracteres del romanticismo hacen sonreir con discreta incredulidad, cuánto más no ha de aplicarse esto á los tipos de las literaturas anteriores!

La ciencia nos ha enseñado que no hay hombres superiores ni inferiores; que no hay sino hombres distintos...

¿Cuál sería entonces el papel del héroe? Clitemnestra, ó Atalía, ó Macbeth. ¿Para qué si por las aceras abundan las burguesas, asesinas, intrigantes, devotas y adúlteras? «Don Quijote», paladín ilustre en ínsulas y costas firmes, á qué tu lanza, para-rayos de la injusticia, tu espada insigne, tus carcomidos fierros que antes de amenguar redoblan el brillo de tu empresa; á qué seguirte por Guirafontainas y Trapobanas, y atravesar las tres Arabias sobre el rastro de tu rocín sublime, si cualquier Apajarado Testahuera te vale y aun excede en tu celda de manicomio? Y tú rey Lear, con la canosa barba removida por los huracanes de tu propia boca; y tú infernal Ugolino cuyos dientes, cual si hubieran mordido mármol, dejaron su huella eternizada en aquellos tercetos que parecen hileras de tumbas; y tú viejo Ursus, con ese tu corazón, pan blanco y tierno que están celando á regañadientes tu filosofía, y tú lobo, ¿quiénes sois para con el mediocre de normalidad perfectamente anodina?

Esa literatura psicológica, sin una grande idea que le preste su vigor, y empeñada en lucir todas las pequeñas, se parece á los árboles de Navidad, cargados de juguetes y farolillos, pero sin vida propia; antes incitando á la destrucción con la artificiosa anarquía de su compostura.

Sin embargo, tales procedimientos son un resultado de las ideas dominantes. Tenido hoy el hombre por un compuesto de materia, nada más, ha de ser un subordinado de la materia. Y conceptuado, por otra parte, como la más elevada forma de vida, cada uno de sus átomos ha de adquirir excepcional valor. Es otro síntoma de decadencia la auto-idolatria. Las civilizaciones materialistas han llegado á esto por el camino de la negación espiritual. La monstruosa creación del Super-Hombre, ese producto del materialismo naturalista y el idealismo materialista á la vez — el hombre-fiera del cual Nerón es el prototipo — ¿no está confirmando, mejor que nada, aquella auto-idolatría?

Cuanto más se parece á la verdad es más mentira la mentira. Así la actual literatura psicológica que parece tener por objeto el más elevado fin del arte: el hombre. Ya se dijo antes que se trataba del hombre como espíritu, en el sentido de encaminar hacia él á la naturaleza, para exaltarla y reasumirla en él.

Manifestar la unidad substancial de la naturaleza en el espíritu humano, por medio de una armonía de palabras, sones, colores, líneas, personificando lo inmaterial para concretarlo y lo material para *humanizarlo*, á fin de que, volviéndose más accesibles al entendimiento resulte más clara aquella unidad: he aquí el objeto del Arte.

Es, como se ve, la vieja fórmula de la Tabla de Esmeralda, aplicada en sentido alquímico: «fijar el volátil y volatizar el fijo», pues «lo que está arriba es como lo que está abajo», y la *Grande Obra* consiste en restaurar la unidad substancial del Todo. «El mejor athanor es el hombre», añadían los filósofos espagíricos, porque aquella unidad había de manifestarse en el espíritu humano. Ahora bien; la unidad de un ser complejo depende de la armonía de sus partes, y quien percibe tal armonía percibe al mismo tiempo tal unidad. Cuanto más elevado el ser, más sintético; y para nosotros éste es el ser humano, la síntesis universal, el microcosmos.

El artista, adivinando la unidad substancial de las cosas en el alma, que las descubre ó infunde, es un revelador del Universo bajo sus aspectos más íntimos. Y cuanto más posee la excelsa cualidad de transubstanciar su espíritu en los seres que le rodean, más elevado es su numen, más potente su verbo. Los seres se transfiguran en su emoción, y lo bello es la parte de él que en ellos hay: el espíritu.

Recuerdo la ocasión en que lo comprendí. Fué al comienzo de la primavera, con un ardiente sol, bajo un grupo de algarrobos enormes. No obstante el franco calor, la tierra recién despierta conservaba aún su cariz de invierno. Las copas de sus árboles, como destartaladas ar-

mazones de chozas, se extremecían, dijérase que de frío aún. Pero de un día para otro había asomado sobre su desnudez un levísimo bozo verde. Nada más lleno de frágil ternura que ese follaje tan análogo á la plumazón de los pichones sobre una desnudez tan áspera.

Si el árbol ha servido con tanta frecuencia de fetiche, es porque tiene algo de eterno aquella inmovilidad nutrida de fuerza. El árbol no no ve, ni oye, ni gusta, ni palpa, ni huele. Con todo, vive como los seres divinos en quienes es paciencia la certeza de la inmortalidad.

Aquellos de mi relato, eran benévolos gigantes que vestían de sombra á una aldea entera, y expresaban la indulgencia un poco tosca de su natural con la dulzura de bayas. Sus leñosos brazos mecían en rumoreo paternal el sueño de los nidos; con sus flores tapizaba el colibrí al suyo, y las cigarras, con irreverente atolondramiento, los cubrían de cascabeles. Nada de esto acontecía aún. Ni la tierra verdeaba todavía, ni los pájaros trinaban. Mas el pueblo enjuto y ardiente de las hormigas manifestaba ya su diligencia laboriosa. Muchas obreras discurrían por los troncos con su sagaz presteza de mercaderes. La corteza, rugosa como la piel de un paquidermo, intrincaba sus haces de fibras, se retorcía en nudos sobre la patente musculatura de mis gigantes, y cada grieta era un nido posible, un abrigo que la exploradora examinaba. Inmensas cicatrices á la que había acudido como una sangre tenebrosa la resina, penetraban en la carnadura de aquellos ancianos. Allá se acogían los hormigueros, amparados en la profundidad de tan poderosos corazones.

Siguiendo á uno de los insectos en sus correrías por el árbol, dí de pronto con un brotecito que surgía de una grieta. Era allá más hostil la aspereza, más empedernidos los nudos de esa cáscara de leña bruta. Parecía enteramente muerta en su sequedad, y no obstante, á su través asomaba la vida interna. Desde qué remota hondura vendría el hilo de savia que mantenía á aquella delicadeza tan visiblemente infantil! ¡Y cómo sería de potente el ímpetu de corazón del coloso, cuando así se abría paso, en busca de luz, por entre la prieta densidad de su madera, hasta manifestarse en esa plúmula verde que tiritaba al viento, si bien tibio, todavía harto inclemente para su fragilidad, titubeando entre el soplo enemigo y la familiar corteza demasiado maciza! Sin embargo, no quería volverse á la sombra de donde viniera, á la blanda albura que fuera su protoplasma. Presentía que en su debilidad, recién vestida de verde por la luz, residía en potencia el vigor de todo el árbol; que las raíces hundidas en el suelo como trompas enormes, chupaban para él los jugos; que el renaciente mundo de hojas respiraba para él; que

el alma de fuego solar concentrada en el leñoso organismo, á él lo vivificaba, y que en suma la tierra y el sol estaban colaborando en él, nuevo foco de la universal energía.

Y el árbol, en su aparente indiferencia, sin duda palpitaba con el sobresalto de su pequeño vástago. Las más altas ramas sabrían ya la nueva; en las raíces habría reflejado, hecha obscura inquietud, la emoción de todo el organismo. Los ensueños de la estación fría, los cariñosos fantaseos de la quietud invernal, los anhelos de revivir que tornó más agudos la escarcha, estuvieron concentrándose en el alma indecisa del vegetal, y por la concentración depurándose, y exaltándose por la depuración, con tal urgencia de expresarse en una obra de fecundidad, que á la primer temperie rompieron por la compacta ceguedad de los tejidos, reventaron la inerte corteza, invencibles de ternura en la trémula fragilidad del retoño.

Al verlo, el lenguaje se enternecía de diminutivos. ¿No era, en efecto, aquel brote el hijito del coloso, la criaturita en la cual ponía éste lo mejor de su ser? ¡Qué inquietud me producía la hormiga que le palpaba con sus antenas vivaces! Lo veía desamparado. El árbol quedaba impotente en su misma fuerza, ante el minúsculo animal que le era superior por el movimiento y la inteligencia. La ramilla verde, aislada sobre aquella sequedad, no alcanzó la culminante dicha de la copa, cerca del sol, en la embriaguez del puro azul. Se quedó trepada en la mitad del tronco, más interesante por su soledad, más intrépida por su confianza de vivir entre la aspereza ingrata.

Con la misma seguridad alegre sus foliolas se volvían para el cielo, y había tanto alborozo manifiesto en su verdor, tanta espiritual sensibilidad en su gracia, que el campo entero afirmaba en ella á la Primavera.

Mas ¿quién sino el ser pensante hubiera podido notar esa armonía y afirmar por ella esa unidad; quién, fuera de ese, habría interpretado esas manifestaciones de la vida, y de qué otro modo hubiera podido hacerlo sino suponiendo al minúsculo vegetal un alma, y poniéndolo en relación con la suya propia, convertirlo en el símbolo de la vida renaciente?

He aquí cómo procede el artista; si el ejemplo no corrobora á la teoría por falta de interés y deficiencia de expresión, mía es la culpa. Pero basta, me parece, para dar siquiera una idea de la operación espiritual á que he aludido.

Y séame ello perdonado, siquiera por lo espontáneo del movimiento que me arrastró, luego de tan árida disciplina mental, semejante al

viajero que habiendo bordeado durante horas bajo el sol el espinoso seto de un frutal, sucumbe, en el primer portillo, á la provocación de la primera fruta.

LEOPOLDO LUGONES
M. S. T.



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(CONTINUACIÓN)

DETRÁS de las mujeres ondulaba en el patio todo un mar de maravillosos turbantes. Había Rajputs de largos cabellos y luengas barbas, divididas por el medio, y con facciones regulares griegas; sus cabezas cubiertas con «pagris», que constaban, por lo menos, de veinte yardas de finísima muselina blanca, y adornadas sus personas con pendientes y brazaletes. Asistían también Brahmanes Mahratas que afeitan sus cabezas dejando tan sólo un mechón central, y que llevan turbantes de un rojo deslumbrador, adornados por delante con una especie de cuerno dorado de la abundancia; Bangas, que llevaban unos yelmos de tres picos con una especie de celosía en lo alto; Kachhis, con yelmos romanos; Bhillis de las fronteras de Râjastan, cuyas mejillas están arropadas por tres vueltas de los extremos de sus turbantes piramidales, de suerte que el turista inocente cree siempre que padecen dolor de muelas; Bengalis y Babus de Calcuta, con la cabeza descubierta todo el año, con sus cabellos cortados á la moda de Atenas, y sus cuerpos cubiertos por los soberbios pliegues de una blanca *toga-virilis* que en nada se diferencia de las que llevaban los senadores romanos; Parsis, con sus mitras negras de hule; Sikhs, los partidarios de Nanaka, monoteístas estrictos y místicos, cuyos turbantes tanto se parecen á los de los Bhillis, pero que llevan el cabello largo hasta la cintura, y cientos de otras tribus.

Habiéndonos propuesto contar los diferentes tocados que se ven sólo en Bombay, tuvimos que renunciar á la tarea por impracticable al cabo de quince días. Cada casta, cada oficio, cada gremio y secta, cada una de las mil subdivisiones de la jerarquía social, tiene su turbante propio, á menudo resplandeciente de adornos de oro y piedras preciosas, que sólo dejan en los casos de duelo. Pero como para compensar este lujo, hasta los miembros de la municipalidad, mercaderes ricos y Rai-Bahadurs, que han sido creados baronets por el Gobierno, van siempre sin medias, ostentando sus piernas

desnudas hasta las rodillas. En cuanto á su vestido, consiste principalmente en una especie de camisa blanca sin forma.

En Baroda, algunos Gaikwars (título de todos los príncipes de Baroda), tienen todavía en sus establos elefantes y girafas de las menos comunes, aun cuando los primeros están estrictamente prohibidos en las calles de Bombay. Tuvimos ocasión de ver á ministros y hasta á Rajas montados en estos nobles animales, con sus bocas llenas de pansupari (hojas de betel) y sus cabezas inclinadas bajo el peso de las piedras preciosas de sus turbantes, al paso que todos los dedos de las manos y pies estaban adornados de anillos de oro. Sin embargo, durante la noche que estoy describiendo, no vimos elefantes ni girafas, aunque gozamos de la compañía de Rajas y ministros. En nuestro palco teníamos al hermoso embajador y último tutor del Mahârâvana de Oodeypore. Era un Raja y un pandit; su nombre, Mohunlal-Vishnulal-Pandia. Llevaba un pequeño turbante rojizo resplandeciente de diamantes, unos calzones de bareje del mismo color y un manto de gasa blanca. Su negrísimo cabello cubría á medias su cuello color de ámbar, al cual rodeaba un collar que hubiera vuelto loca de envidia á cualquier hermosura parisién. El pobre Rajput se caía de sueño, pero se mantenía heroicamente en el cumplimiento de sus deberes, y tirándose pensativamente de la barba, nos llevó á través del interminable laberinto de los enredos metafísicos del *Ramâyâna*. Durante los entreactos, nos ofrecieron café, sorbetes y cigarrillos, que fumamos hasta durante la representación, sentados frente al escenario en primera fila. Estábamos cubiertos, como ídolos, con guirnaldas de flores, y el director, un hindu alto vestido de transparente muselina, nos roció varias veces con agua de rosas.

La función principió á las ocho de la noche, y á las dos y media no había llegado sino al acto noveno. A pesar de que cada uno de nosotros tenía á sus espaldas un punkah-wallah, el calor era insoportable. Habíamos llegado al límite de nuestra resistencia, y tratamos de excusarnos. Esto ocasionó una perturbación general, tanto en el escenario como en el auditorio. El carro aéreo en que el malvado rey Râvana arrebataba á Sîtâ, se detuvo en el aire. El rey de las Nagas (serpientes) cesó de vomitar llamas, los monos soldados quedaron sin movimiento en los árboles, y el mismo Râma, vestido de azul claro y coronado con una diminuta pagoda, se adelantó al frente del escenario y pronunció en puro inglés un discurso en que nos daba las gracias por el honor de nuestra presencia. Entonces nos echaron nuevos ramos de flores, y nos rociaron por última vez con agua de rosas; finalmente, llegamos á casa á las cuatro de la mañana. Al día siguiente supimos que la función había terminado á las seis y media.

En el Camino de Karlí.

Son las primeras horas de una mañana de fines de Marzo. Una ligera brisa acaricia con su mano aterciopelada las caras soñolientas de los pere-

grinos, y el perfume embriagador de las tuberosas se mezcla con los acres aromas del bazaar. Multitud de mujeres brahmanes, con los pies desnudos, majestuosas y bien formadas, dirigen sus pasos, como la Raquel bíblica, hacia el pozo, con cántaros de metal, brillantes como el oro, en sus cabezas. En nuestro camino encontramos numerosos estanques sagrados llenos de agua, en los cuales los hindus de ambos sexos ejecutaban sus prescritas abluciones matinales. Bajo las tapias de un jardín un ganso domesticado devora la cabeza de una cobra. El cuerpo descabezado de la serpiente choca convulsiva pero inofensivamente con los costados del pequeño animal, que mira estos varios esfuerzos con evidente satisfacción. Al lado de este grupo de animales hállase una figura humana: un *mâli* (jardinero) desnudo, ofreciendo betel y sal á un monstruoso ídolo de piedra que representa á Shiva, con objeto de apaciguar la cólera del «Destructor», excitada con la muerte de la cobra, que es uno de sus servidores favoritos. Unos pocos pasos antes de llegar á la estación del ferrocarril, encontramos una modesta procesión católica, compuesta de unos pocos parias recién convertidos, y de algunos portugueses indígenas. Bajo un dosel iba una litera, en la que se balanceaba de un lado á otro una obscura Madona vestida al modo de la diosa indígena, con un anillo en la nariz. En sus brazos llevaba al santo niño, vestido de pyjamas amarillas y con un turbante brahman rojo. «¡Hari, hari, devaki!» (¡gloria á la Santa Virgen!) — exclamaban los conversos, inconscientes de ninguna diferencia entre Devaky, madre de Krishna y la Madona católica. Todo lo que saben es que, excluídos de los templos brahmanes por no pertenecer á ninguna de las castas hindas, son á veces admitidos en las pagodas cristianas gracias á los «padres», nombre tomado del *padre* portugués, y aplicado indistintamente á los misioneros de toda secta europea.

Por fin, nuestros gharis — vehículos indígenas de dos ruedas arrastrados por un par de fuertes bueyes — llegaron á la estación. Los empleados ingleses abrieron desmesuradamente los ojos á la vista de caras blancas, viajando por la ciudad en dorados carros indios. Pero nosotros somos verdaderos americanos, y hemos venido aquí á estudiar, no á Europa, sino á la India y sus productos sobre el terreno.

Si el turista lanza una mirada á la orilla opuesta al puerto de Bombay, verá una masa azul obscura que se eleva como un muro entre él y el horizonte. Esta es Parbul, una montaña de aplastada cresta de 2.250 pies de altura. Su vertiente derecha se apoya en dos escarpadas rocas cubiertas de bosques. La más alta de ellas, Mataran, es el objeto de nuestra escursión. Desde Bombay á Nazel, estación situada al pie de esta montaña, tenemos que viajar cuatro horas por ferrocarril, aunque, á vuelo de cuervo, la distancia no es más que de doce millas. El camino de hierro rodea las más encantadoras colinas, bordea centenares de bellísimos lagos y atraviesa con más de veinte túneles el corazón mismo de la roca.

Nos acompañaban tres amigos hindus. Dos de ellos habían pertenecido á una casta elevada, pero habían sido expulsados de su pagoda por su aso-

ciación y amistad con nosotros, extranjeros indignos. En la estación se unieron á nosotros otros dos indígenas, con quienes habíamos sostenido correspondencia muchos años. Todos eran miembros de nuestra Sociedad, reformadores de la escuela de la Joven India, enemigos de los brahmanes, de las castas y prejuicios, é iban á ser nuestros compañeros de viaje y á visitar con nosotros la feria anual en las fiestas del templo de Karli, deteniéndose de camino en Mataran y Khanduli. Uno era un brahman de Poona; el segundo un mudeliar (propietario rural) de Madras; el tercero un singales de Kegalla, el cuarto un hemindar bengalés, y el quinto un rajput gigantesco, que hacía tiempo conocíamos por el nombre de Gulab-Lal-Sing, y á quien llamábamos simplemente Gulab-Sing. Me detendré en esta personalidad más que en otra alguna, porque circulaban las historias más maravillosas y diversas acerca de este hombre extraño. Se aseguraba que pertenecía á la secta de los Raj-Yogis, y que era un iniciado en los misterios de la magia, alquimia y varias otras ciencias ocultas de la India. Era rico é independiente, y la voz pública no se atrevía á sospechar engaño alguno de su parte, tanto más cuanto que, conociendo bien tales ciencias, jamás decía una palabra de ellas en público, y ocultaba cuidadosamente sus conocimientos á todos, excepto á unos pocos amigos.

Era un takur independiente de Rajistan, una provincia cuyo nombre significa el país de los reyes. Los takures son, casi sin excepción, descendientes del Surya (sol), y por tanto son llamados Surya-vansa. Son más orgullosos que ninguna otra nación del mundo. Tienen un proverbio. «El lodo de la tierra no puede pegarse á los rayos del sol.» No desprecian á ninguna secta, excepto los brahmanes, y sólo honran á los bardos que cantan sus proezas militares. De estos últimos el Coronel Tod escribe lo que sigue (1): «La magnificencia y lujo de las cortes de Rajput en los primeros tiempos de la historia, eran verdaderamente maravillosos, aun tenida en cuenta la exageración poética de los bardos. Desde los tiempos primitivos, la India del Norte ha sido un país rico, y en ella, precisamente estaba la satrapia más rica de Darío.

Como quiera que sea, en este país abundaron esos sucesos más sorprendentes que proporcionan á la historia sus más notables asuntos. En Rajistan, cada pequeño reino tiene sus Termópilas, y cada pequeña ciudad ha producido su Leonidas. Pero el velo de los siglos oculta á la posteridad sucesos que la pluma del historiador hubiera podido legar á la admiración de las naciones. Somnath pudo haber aparecido como una rival de Delfos, los tesoros de Hind hubieran podido sobrepujar las riquezas del Rey de Lidia, al paso que el ejército de Jerges, comparado con el de los hermanos Pandu

(1) En casi todos los casos, los pasajes citados de varias autoridades han vuelto á ser traducidos del ruso. Como se hubiera necesitado demasiado tiempo y trabajo para una comprobación, sólo se da aquí el sentido de tales pasajes que no tienen la pretensión de ser textuales. — El Traductor (del ruso).

hubiera parecido un mero puñado de hombres sólo digno de figurar en segunda línea.

Inglaterra no desarmó á los Rajputs como hizo con el resto de las naciones indias, por lo que Gulab-Sing vino acompañado de vasallos y escuderos.

Poseedor de un conocimiento inextinguible de leyendas, y evidentemente muy al tanto de las antigüedades de su país, Gulab-Sing resultó el más interesante de nuestros compañeros.

«Allí, en el horizonte — dijo Gulab-Sing — se percibe el majestuoso Baho Mallín. Ese sitio solitario fué un tiempo la mansión de un santo ermitaño; ahora es visitado anualmente por multitud de peregrinos. Según la creencia popular, allí suceden las cosas más sorprendentes — milagros. — En la cresta de la montaña, á dos mil pies sobre el nivel del mar, está la plataforma de una fortaleza. Detrás se eleva otra roca de doscientos setenta pies de altura, y en el extremo mismo de este pico se encuentran las ruinas de una fortaleza aún más antigua, la cual sirvió de albergue durante setenta y cinco años á este ermitaño. De dónde obtenía su alimento, es lo que permanecerá por siempre un misterio. Algunos creen que comía raíces de plantas silvestres, pero sobre esta roca desnuda no existe vejetación alguna. El único modo de subir á esta montaña perpendicular, consiste en una cuerda y en agujeros abiertos en la roca, apenas lo suficientemente grandes para apoyar los dedos del pie. Se creería que semejante camino sólo es accesible á los acróbatas y á los monos, pero seguramente que el fanatismo debe proporcionar alas á los hindus, porque jamás ha sucedido accidente alguno á ninguno de ellos. Desgraciadamente, hace unos cuarenta años que una partida de ingleses tuvo la desdichada idea de explorar las ruinas, pero levantóse una fuerte racha de viento que los lanzó al precipicio. Después de esto, el General Dickinson dió la orden de destruir todos los medios de comunicación con la fortaleza superior; y la inferior, causa en un tiempo de tantas pérdidas y tanto derramamiento de sangre, está ahora por completo desierta, y sólo sirve de albergue á águilas y tigres.»

Oyendo sus relatos de los tiempos antiguos, no pude menos de comparar el pasado con el presente. ¡Qué diferencia!

«¡Kali-Yug!» — gritan los hindus viejos con sombría desesperación. «¿Quién puede luchar contra la Edad de Tinieblas?»

Este fatalismo, la certeza de que nada bueno puede esperarse ahora, la convicción de que ni el mismo poderoso dios Shiva puede aparecer ni auxiliarles, está profundamente arraigada en la mente de la generación antigua. En cuanto á los hombres más jóvenes, reciben su educación en los colegios y universidades, aprenden de memoria á Herbert Spencer, á John Stuart Mill, á Darwin y á los filósofos alemanes, y pierden completamente todo respeto, no sólo á su propia religión, sino á todas las demás del mundo. Los jóvenes «educados» hindus son materialistas casi sin excepción, y muchas veces llegan á los últimos límites del ateísmo. Rara vez aspiran á una cosa

mejor que á la situación de «principal compañero del oficial mayor», según decimos en Rusia, y ó bien se convierten en parásitos, aduladores repugnantes de sus actuales señores, ó lo que es aún peor, ó en todo caso más desagradable, principian á editar un periódico lleno de liberalismo de baratillo, que gradualmente se convierte en un órgano revolucionario.

Pero todo esto es sólo de paso. Comparado con el misterioso y grandioso *pasado* de la India, el antiguo Aryavarta, su *presente* es un fondo negro natural indio, la negra sombra de una pintura brillante, el mal inevitable en el ciclo de cada nación. La India se ha vuelto decrépita, y ha caído como una enorme memoria de la antigüedad, postrada y hecha pedazos. Pero el más insignificante de estos fragmentos será siempre un tesoro para el arqueólogo y el artista, y en el curso del tiempo hasta podrá proporcionar una clave al filósofo y al psicólogo. «Los antiguos hindus construían como gigantes, y acababan sus obras como joyeros» — dice el arzobispo Heber describiendo sus viajes en la India. — En su descripción del Taj-Mahal de Agra, esa verdadera octava maravilla del mundo, lo llama «un poema en mármol.» Pudo haber añadido que es difícil encontrar en la India una ruína, en el menor estado de conservación, que no pueda hablar más elocuentemente que volúmenes enteros del pasado de la India, sus aspiraciones religiosas, sus creencias y esperanzas.

No hay país alguno de la antigüedad, ni aun el Egipto de los Faraones, donde el desarrollo del ideal subjetivo, en su demostración por un símbolo objetivo, haya sido expresado más gráfica, hábil y artísticamente que en la India. Todo el panteísmo de la Vedânta está contenido en el símbolo de la deidad bisexual Ardhanâri. Está rodeado por el doble triángulo conocido en la India bajo el nombre de signo de Vishnu. A su lado yacen un león, un toro y un águila. En sus manos reposa una luna llena que se refleja en las aguas á sus pies. La Vedanta ha enseñado, durante miles de años, lo que algunos filósofos alemanes principiaron á predicar al fin del siglo pasado y principios del presente, á saber: que todas las cosas objetivas del mundo, así como el mundo mismo, no son más que una ilusión, una Mâyâ, un fantasma creado por nuestra imaginación, con tan poca realidad como la reflexión de la luna sobre la superficie de las aguas. El mundo fenomenal, así como lo subjetivo de nuestros conceptos respecto de nuestros Egos, no son nada más que una reflexión. El verdadero sabio jamás se somete á las tentaciones de la ilusión. El sabe bien que el hombre no llegará al verdadero conocimiento, y no se convertirá en el verdadero Ego, sino después de la unión completa del fragmento personal con el Todo, convirtiéndose así en un Brahma inmutable, infinito, universal. Por consecuencia, considera todo el ciclo de nacimiento, vida, vejez y muerte, sólo como un producto de la imaginación.

Generalmente hablando, la filosofía india, dividida como lo está en numerosas enseñanzas metafísicas, posee, cuando está unida á las doctrinas ontológicas indias, una lógica tan bien desarrollada, una psicología tan maravillosamente refinada, que pudiera muy bien ponerse en primera línea al

ser comparada con las escuelas antiguas y modernas idealistas y positivistas, y eclipsarlas á todas. Ese positivismo expuesto por Lewis, que hace poner de punta á cada pelo de las cabezas de los teólogos de Oxford, es un juego de niños ridículo comparado con la escuela atomística de Vaisheshika, con su mundo dividido, como un tablero de Ajedrez, en seis categorías de átomos eternos, nueve substancias, veinticuatro cualidades y cinco movimientos. Y por más difícil y hasta imposible que puedan parecer todas estas ideas abstractas, idealistas, panteístas, y á veces, puramente materiales en la forma condensada de los símbolos alegóricos, la India, sin embargo, ha sabido expresar todas estas enseñanzas con más ó menos eficacia. Ella las ha inmortalizado en sus feos ídolos de cuádruple cabeza, en la forma geométrica complicada de sus templos, y hasta en las enredadas líneas y manchas de las frentes de sus sectarios.

Estábamos discutiendo ésta y otras cosas con nuestros compañeros de viaje hindus, cuando un *padre* católico, uno de los maestros del colegio jesuíta de San Javier, en Bombay, entró en nuestro coche en una de las estaciones. Pronto fué incapaz de contenerse, y tomó parte en nuestra conversación. Sonriendo y restregándose las manos, dijo que tenía curiosidad de saber con qué sofísticos argumentos podrían nuestros compañeros encontrar algo que se pareciese á una explicación filosófica «de la idea fundamental de las cuatro caras del feo Shiva, coronado de serpientes», señalando con el dedo al ídolo á la entrada de una pagoda.

—Es muy sencillo — contestó el Babu bengalés. — Véis que sus cuatro caras miran á los cuatro puntos cardinales: Sur, Norte, Este y Oeste, pero todas esas caras no son sino un cuerpo, y pertenecen á un dios.

— ¿No tendríais inconveniente en explicar primero la idea filosófica de las cuatro caras y ocho manos de vuestro Shiva?—interrumpió el *padre*.

— Con mucho gusto. Creyendo que nuestro gran Rudra (el nombre védico de este dios) es omnipresente, lo representamos con la cara vuelta simultáneamente en todas direcciones. Las ocho manos indican su omnipotencia, y su único cuerpo nos manifiesta que es Uno, aunque está en todas partes, y que nadie puede escapar á su mirada que todo lo ve, ni á su mano justiciera.

El *padre* iba á decir algo, cuando el tren se detuvo; habíamos llegado á Narel.

(Se continuará.)



UNA OBRA INTERESANTE PARA LOS EGIPTÓLOGOS (1)

(*Magia. — Ciencia Antigua. — Gnosticismo.*)

BAJO un título modesto y algo indeterminado, *Magia Egipcia*, acaba de aparecer en castellano una obra en extremo curiosa.

Se trata, en primer término, del resultado de profundos y bien cimentados estudios de un orientalista alemán que, aun ocultando su nombre bajo unas iniciales (S. S. D. D.), ha logrado despertar la curiosidad de diversos sabios extranjeros. La actual traducción española ha sido hecha de la edición inglesa.

Detalle interesante y poco común, tratándose de traducciones españolas, es el de que la presente haya sido hecha por *D. Manuel Treviño*, uno de los contados españoles que ha dedicado su atención al estudio del antiguo Egipto, y que después de repetidos trabajos, ha llegado á poseer no medianos conocimientos acerca de la lengua y escritura de aquel país. Su traducción, pues, ha sido hecha á conciencia, resolviendo no pocas veces distintas dudas sobre documentos originales.

Taché de modesto y vago el título de la obra *Magia Egipcia*, porque habiéndose abusado del término *magia* en obras ridículas y anticientíficas, no me parecía el más significativo ni el más á propósito para dar una idea del positivo valor de la obra. La palabra *magia*, tratándose de la presente obra, habrá de significar más bien *ciencia*, aunque *ciencia* basada en muy distintos principios de los generalmente admitidos. *Magia*, para el egipcio, era el estudio de las facultades latentes en la naturaleza, el estudio del poder, de la voluntad humana, que para él no estaba limitada sino por una indisciplina del espíritu. En Egipto tuvo tal vez su origen la gran verdad oculta de que "fuerte es el Amor como la Muerte", y en ningún pueblo se estudió con más ahínco que en éste el ejercicio de la Voluntad y del Deseo, hasta el punto de hacerles *revivir* más allá del sepulcro.

Aunque en la obra *Magia Egipcia* no se hiciera otra cosa que presentar la gran cantidad de textos que sobre este tema se presentan (traducidos algunos por primera vez), sería suficiente para justificar los calificativos antes citados. Pero dicha obra no es una mera recopilación de traducciones. Su autor, al estudiar las ceremonias *mágicas* de los antiguos sacerdotes

(1) *La Magia Egipcia*, por S. S. D. D., traducida del inglés por D. MANUEL TREVIÑO Y VILLA.—Barcelona, *Biblioteca Orientalista* (calle de la Tapinería, 24). 1902.

egipcios, deja entrever algo que revela lo que era la ciencia entre las razas que construyeron la "Gran Pirámide„.

Al estudiar, por ejemplo, la clasificación de los *principios*, que según la citada ciencia integraban el ser humano, pone de manifiesto que ésta admitía una íntima correspondencia entre la evolución de lo material y de lo espiritual... Que para ella, espíritu y materia no eran sino "aspectos del mismo misterio„, polos de una unidad altamente filosófica, de la cual las infinitas manifestaciones de la vida, con sus infinitos símbolos, no eran sino meras exteriorizaciones. De aquí que la idolatría y el "absurdo politeísmo„ egipcio no fueran, por tanto, otra cosa que groseras mistificaciones de *la masa* y de un clero degenerado y decadente. No cabe duda que Egipto, como otros muchos pueblos orientales, no ha tenido entre nosotros sino jueces parciales é injustos, y que la tarea rehabilitadora prepara no pocas sorpresas.

Consignaré incidentalmente, como observación particular, que la idea del pueblo egipcio, como dominado por un espíritu teocrático, egoísta y frío, y por una aristocracia esclavizadora del pueblo, etc., etc., es únicamente aplicable al Egipto decadente que generalmente se conoce. *El pueblo que construyó "la Gran Pirámide„ é ideó la escritura en formas intelectual y demótica ó popular, fué el pueblo más "sabiamente„ democrático del mundo...* Pero volviendo á *Magia Egipcia:*

La serie de *principios* en que estaba dividido el Ser humano, no variaba mucho de los demás *principios* en que asimismo dividieron el cuerpo humano las demás religiones arcaicas, en especial las orientales. Puede indicarse á la vez, á título de curiosidad, que al estudiar la clasificación egipcia del cuerpo humano, se descubre incidentalmente cuál fué el origen de no pocas teorías que pasaron por patrimonio de los gnósticos. La posibilidad de una tradición arcaica desconocida, madre de las múltiples religiones antiguas, se hace palpable á la simple lectura de obras de esta índole.

Nada tan curioso como las *coincidencias* que sobre este particular pone el autor de manifiesto repetidas veces. Basta examinar la primera lámina de su obra (donde presenta los jeroglíficos representativos de las partes del cuerpo humano), para convencerse de su semejanza con las clasificaciones hindas, por ejemplo.

Como hace observar el traductor Sr. Treviño, las semejanzas son asimismo notables en ciertas oraciones mortuorias de especial carácter *mágico*, que no son otra cosa que los *mantras* védicos, de cuyo carácter como agentes psíquicos tanto se ha escrito en multitud de obras teosóficas. Es interesantísimo, y de un valor científico innegable, cuanto se refiere en la obra de que hablo, á los que pudiéramos denominar conocimientos *psíquico-fisiológicos* del antiguo Egipto. Sobre estos conocimientos fijó muy especialmente su atención el antiguo pueblo de los Faraones.

Ya el astrónomo inglés Piazzi Smyth había demostrado en obras famosas (1) los sorprendentes conocimientos científicos de los egipcios. Según él la Gran Pirámide no era como se había creído, un simple monumento func-

(1) LA GRANDE PYRAMIDE... *ses merveilles, ses mysteres et ses enseignements.* — París, 1875.

rario — como lo son las restantes de Egipto —, sino "el documento científico más interesante que nos habían legado las humanidades pasadas,,, toda vez que se trataba de un verdadero *sanctuario-observatorio*, en cuyos muros aún pueden leerse los más extraños datos sobre la gran ciencia antigua.

El autor de *Magia Egipcia* nos demuestra á su vez, al hablar de ciertas ideas egipcias referentes á la *psicología*, á la *embriogenia*, á la *vitalidad*, etcétera (págs. 13 y 14), la gran cultura del pueblo egipcio sobre estas materias y otras semejantes. Nunca con más razón que hoy — que comenzamos á conocer el antiguo Egipto—podríamos denominarle el país del misterio. Narraciones antiquísimas hacen referencia á procedimientos científicos empleados allí y otros países orientales, que aun hoy mismo resultan inexplicables. Estúdiese, por ejemplo, detenidamente la narración hermética de Job, y se verá que en ella se alude á los *explosivos* en los trabajos de minas. Esto conviene con lo demostrado palpablemente por Smyth sobre los extraños conocimientos astronómicos que revela la construcción de la Gran Pirámide; con lo que asegura el autor de *Magia Egipcia*, quien afirma que los sacerdotes del país del Nilo conocieron y emplearon la *dinamita;* con la existencia de aquellas lámparas *inextinguibles* de que nos hablan los antiguos, lámparas que fueron construidas por quienes hace miles de años conocían seguramente el *radium*, y no se extrañarían, por tanto, de los recientes *rayos Becquerel;* y con todo lo dicho, en suma, por el Maestro H. P. Blavatsky sobre la existencia de una ciencia arcaica, tan grande y desconocida como admisible, dada la infinidad de vestigios que nos la revelan. Sobre este particular, la obra traducida por el Sr. Treviño es verdaderamente interesante.

Pero lo es tal vez más desde el punto de vista literario. Sobre la antigua literatura egipcia hay muy poco escrito, y menos traducido. Aquí, en España, exceptuando algún trabajo de Toda ó de Mélida, tal vez no haya nada original. En Francia, Masperó ha publicado verdaderas curiosidades literarias, en especial algunas sobre cuentos populares. Sobre este punto, el libro *Magia Egipcia* es un verdadero tesoro. La narración titulada *El Libro de los Cantos potentes contra los habitantes de las aguas*, es un modelo de originalidad y del más puro gusto oriental. La *Leyenda de Ra é Isis* es una maravilla literaria. El original de esta leyenda se conserva en el Museo de Turín. Es un fragmento literario de una importancia grandísima para la historia de la literatura, pues tal vez en él se encuentre el origen de no pocas tradiciones europeas más ó menos antiguas. La leyenda cristiana de la Virgen, la medioeval de *Merlín y la Hechicera Viviana*, la leyenda septentrional de *Lohengrin*, del caballero "que no puede revelar su nombre,, y otras, tuvieron seguramente en Egipto modelos anteriores á los conocidos en Europa. Esto ya fué dicho por Masperó en sus *Contes populaires Egyptiennes*, en donde presenta fuentes egipcias de la leyenda bíblica de *José* y de *Simbad el Marino*, y en otros trabajos de esta índole.

La tercera parte de la obra de S. S. D. D., está consagrada al *Gnosticismo Egipcio*.

Después de la obra de G. R. S. Mead, *Fragmentos de una fe olvidada* (de la que ahora se intenta una traducción al castellano), esto es de lo más curioso que conocemos sobre el particular. En la obra de Mead se insertan

fragmentos tan famosos, como el códice *Pistis Sophia*; en la obra de que hablo se sigue este mismo procedimiento. En ella encontrará el lector infinidad de extractos del *Papiro gnóstico* descubierto no ha mucho por Bruce, y conservado en la Biblioteca Bodleian. A continuación se inserta asimismo el extraño documento gnóstico *El libro de las grandes palabras de cada misterio*, que va acompañado de multitud de ideogramas y símbolos gnósticos.

No es, pues, necesario repetir lo que el lector puede haber observado á través de esta deslabazada reseña, á saber: que la obra *Magia Egipcia* es en extremo importante para todos aquellos á quienes atrae el estudio del orientalismo y de la ciencia antigua.

No dude, pues, su traductor español Sr. Treviño y su editor Sr. Maynadé, que han prestado con sus respectivos trabajos un gran servicio á la cultura orientalista, y en especial á la cultura teosófica en España.

V. Díaz-Pérez.



EL METALURGO ESPAÑOL DEL SIGLO XVII ÁLVARO ALONSO BARBA (1)

(UN PRECURSOR ESPAÑOL DEL EVOLUCIONISMO CIENTÍFICO)

....

Entre estos inventos sugeridos á nuestros compatriotas en el siglo XVI por el espíritu de investigación, que tan propicio se les mostró entonces, descuellan los metalúrgicos transformadores del antiquísimo sistema de beneficio de minerales de plata, difícilmente practicable en las regiones mineras de Nuevo Mundo por la necesidad de portear el combustible desde largas distancias, y además en exceso defectuoso por las cantidades que del rico metal se perdían, y por lo costoso que era acendrar la proporción, que en último término se aprovechaba, en otro que llenaba estas exigencias. En aquel luminoso período, el genio científico de España acertó á vencer los expresados inconvenientes, beneficiando la plata en frío con el intermedio del azogue puesto en condiciones, que, ayudado por otras substancias, previamente añadidas, rebuscare solícito el tesoro que, desfigurado y esparcido, se escondía en las moléculas del mineral argentífero.

....

Esta escala de progreso aparece perfecta en el desarrollo de la me-

(1) Extractos del interesante trabajo que sobre este metalurgo publica el ilustre escritor científico Sr. Carracido, en sus eruditos *Estudios histórico-críticos de la Ciencia española*.

talurgia en el Nuevo Mundo. Empieza con el asombroso invento de Bartolomé de Medina, producto de la intuición que se apodera de los resultados sin tocar en los antecedentes, y termina con el Arte de los Metales, de *Alvaro Alonso Barba*, tratado doctrinal, que presenta reducidos á sistemas los hechos antes inconexos. Para que no falte uno solo de los caracteres peculiares á estos dos extremos, cuanto se refiere á Bartolomé de Medina está envuelto en gran obscuridad como los momentos iniciales de todo proceso, mientras que la obra de Alonso Barba es conocida hasta en sus génesis como producción reflexiva del pensamiento, cimentada sobre muy basta experiencia.

....

Siempre el buscador de minas y el consagrado á su explotación fueron tenidos por codiciosos, y hasta parece lógico que deben serlo; pero Alonso Barba desmiente este concepto general no considerando fin las riquezas, sino medio para subir más alto en la escala del saber. Con la generosidad de un caballero andante de las ideas científicas, sólo escudriñaba los tesoros escondidos en los minerales para utilizarlos como instrumento que le facilitase penetrar en las operaciones metalúrgicas y sorprender nuevos secretos, contentándose á veces con la satisfacción moral de sacarlos á la luz de la publicidad sin oponerse á que otros se aprovecharan de sus inventos.

....

La licencia para la publicación del *Arte de los Metales* fué dada en San Lorenzo el Real á 27 de Octubre de 1639, y se imprimió en Madrid, en la imprenta del Reyno; año MDCXXXX; en 4.°, 120 folios y cuatro hojas de principios. Esta primera edición, que es bastante rara, y las posteriores, ya adicionadas con el *Tratado de las antiguas minas de España*, de D. Alonso Carrillo y Laso, existen en la Biblioteca del Palacio Real.

....

Divídese la obra, producto del ingenio y la experiencia de nuestro insigne compatriota, en cinco libros. En el primero, subdividido en XXXIV capítulos, trátase del modo con que se engendran los metales y las cosas que los acompañan; en el segundo, en XXIV capítulos, se enseña el modo común de beneficiar los de plata con azogue, con nuevas advertencias para ello; en el tercero, en XXII capítulos con 13 figuras, se trata del beneficio de los de oro, plata y cobre por cocimiento; en el cuarto, en XXII capítulos con 48 figuras, del beneficio de todos por fundición; y en el quinto, en XIV capítulos con 13 figuras, se enseña el modo de refinarlos y apartarlos unos de otros.

Para dar idea de la alta estimación en que fué tenido en Europa este original *Tratado de Metalurgia*, basta consignar que lo tradujo al inglés el conde Sandwich en 1647, que, vertido al alemán, fué impreso en 1676 y reimpreso en Francfort en 1726 y en 1739, y en Viena en 1749. Traducido al italiano se publicó el libro I en 1675. Se hicieron dos versiones al francés, ambas publicadas en Paris, en 1733 la una y en 1753 la otra, además de ser copiado á trozos en libros en que no se le nombraba. La elocuencia de estos hechos ablandó la dureza con que Hoefer trata á España en su *Historia de la Química*, haciéndole confesar que en el siglo XVII, tratándose de los estudios metalúrgicos, «el sólo digno de especial mención, es el de un español, A. Barba, antiguo cura en Potosi».

La doctrina científica de este único metalurgo de la centuria XVII, sin duda parecerá vulgar, é influída por resabios escolásticos, á quien la examine con el criterio que se aplica á las obras contemporáneas; pero si se traslada como es justo á la época en que se expuso, descubrirá en el fondo de su pintoresco lenguaje ideas muy de actualidad y presentimientos del sistema de reacciones químicas estatuído por la Química moderna.

Para demostrar esta afirmación prescindo del capítulo en que trata de la antipatía y simpatía de los metales, suponiendo entre los diferentes cuerpos amores y odios, porque con sencillez suma podría patentizar que en las mismas ideas se funda el concepto de la afinidad química que explica las combinaciones por una serie de idilios y dramas moleculares; pero renuncio á esta ventaja para colocarme en otro punto que á primera vista parece indefendible.

Trátase en el capítulo XVIII, del libro I, *De la generación de los metales*, y nuestro metalúrgico habla de este asunto en los términos siguientes: «Muchos con el vulgo, por ahorrar dificultosos discursos, dicen que desde el principio del mundo crió Dios los metales de la manera que están hoy y se hallan en sus vetas. Agravio hacen á la naturaleza negándole sin fundamento en esto la virtud productiva que tiene en las demás cosas sublunares.»

No dudo que muchos sonreirán desdeñosamente burlándose de tamaña simpleza. ¿Cómo suponer que las substancias minerales se reproducen y crecen á manera de los seres vivos, cuando está probado hasta la evidencia que la materia no se crea ni se destruye por múltiples que sean sus cambios? ¿Y cómo admitir que en el seno de la tierra se engendran metales, si la experiencia desautoriza en absoluto la posibilidad de transformar unos en otros los elementos químicos? Pues esta

objeción, que desde los tiempos de Lavoisier se presentó incontestable y avasalladora, recientemente se ha quebrantado no poco con las poderosas razones de los que extienden el proceso evolutivo á la formación de los elementos químicos, rechazando el concepto de su inmutable persistencia *ab initio*. En este novísimo supuesto, que considera á los metales como escala de productos correspondientes á las sucesivas fases de la evolución de nuestro planeta, resulta la antigualla sostenida por el defensor de la constante virtud productiva de la naturaleza, un genial presentimiento de la doctrina de la evolución, vislumbrada para mayor maravilla en este último aspecto, en que cree sorprenderla el espíritu científico de nuestros días.

La crítica severa quizá trate de artificiosa la anterior interpretación y suponga el texto á que se refiere dictado exclusivamente por una pueril ignorancia, alegando como prueba de contumacia en lo erróneo de la alquimia, aquel propósito que en el capítulo I del libro II revela su autor en estas cándidas palabras: «puse entre ellos (minerales varios) metal de plata molido sutilmente, pareciéndome que las reliquias de semilla y virtud mineral que en estas piedras habría, con el calor y humedad del cocimiento, podrían ser de importancia para mi pretensión», que era la de transformar en plata otras substancias metálicas; pero este cargo á pocos renglones pierde todo su valor, porque fundándose en la experiencia, declara que sólo tuvo la plata que había puesto.

Dedúcese de estos antecedentes que el autor, en vista de los hechos, no cree en la transformación de los metales *por artificio*; pero partiendo de principios generales, sostiene *que puede efectuarse por la naturaleza* en la serie de sus procesos. Pues lo mismo ha dicho W. Crookes, en el discurso leído en la Asociación Británica el 2 de Septiembre de 1886, al esbozar el cuadro de química evolucionista. Al trasportar Alonso Barba las ideas de los antiguos filósofos á la Metalurgia, aparece con carácter más positivo que sus maestros, como precursor de W. Cookes y de cuantos con él sostienen la tesis de la *Evolución de la materia*.

J. R. Carracido.



BIBLIOGRAFÍA

DR. MANUEL DOMÍNGUEZ.—*Estudios sobre* LA ATLÁNTIDA, *del Dr. Diógenes Decoud.* Asunción (Paraguay), 1901.

El actual estudio es una severa y razonada crítica de cierta obra, de la que ha tratado no ha mucho la prensa americana con alguna extensión. A juzgar por los datos que poseemos, hemos de confesar en honor á la verdad que dicho estudio crítico es superior por todos conceptos á la obra que le motiva.

La obra, á pesar de su título, no es sino un mediocre estudio sobre América que el autor denomina *Atlántida*, porque la baña el Atlántico, razón por la cual podría haber tres Atlántidas, como dice muy bien el crítico Sr. Domínguez.

El Sr. Decoud para nada tiene en cuenta las relaciones que pudieran haber existido entre América y la Atlántida «de la tradición», y hoy casi de la ciencia vulgar. En cambio, Pi y Margall en su *Historia de América;* Campoamor en su *Colón;* Mosén Verdaguer en una obra suya, hoy ya célebre; Llorens y Torres en su curiosísima *América;* el malogrado Delorme en su completo trabajo *Los aborígenes de América;* nuestro marino Novo y Colson en su *Ultima teoría acerca de la Atlántida;* el Sr. Saavedra en su trabajo *Ideas de los antiguos sobre las tierras atlántidas;* el genial astrónomo francés Bailly, resucitador de la hipótesis de Platón, y en suma, todos cuantos escribieron sobre América hubieron de consagrar algunas páginas á las relaciones que pudo haber entre ella y el misterioso Continente sumergido hoy en el Atlántico, del cual aún quedan tradiciones en las islas Azores, y del que tan curiosas noticias han proporcionado H. P. Blavatsky y algunos investigadores teosofistas como Scott-Elliot.

La obra del Sr. Decoud que, repetimos, no es sino un estudio sobre América, es inferior seguramente á la de su crítico el Dr. Domínguez, quien no en balde ha sido reconocido como uno de los primeros investigadores del Nuevo Mundo. De este docto catedrático paraguayo, bien conocido por sus polémicas sobre *Filología y etnología americana* con el sabio naturalista Boggiani, así como por sus estudios sobre *Menéndez-Pelayo* y su maravillosa obra sobre *La Escuela* en su país, hemos de ocuparnos seguramente con la detención que se merece, y no en muy lejana ocasión.

Dr. J. F. López. *El Derecho de Gentes. Arbitraje facultativo y el imperio colonial de España.* París, 1900.

Más que una obra de carácter exclusivamente político, como parece indicar su título, es un estudio filosófico de una porción de problemas sociales y morales de la mayor actualidad en España. Su autor revela verdaderos conocimientos filosóficos é históricos. Como curiosidad reproducimos aquí un pequeño párrafo tomado de una nota de la pág. 39. Dice así:

«¿Por qué cada hombre no podría haber existido más de una vez en este mundo? ¿Sería hipótesis ridícula por ser antigua y percibida por la inteligencia humana antes de haber sido debilitada y divagada por las escuelas sofísticas? (Lessing. *Die Erziehung des Menschengeschlechten*). Esta creencia que es de Herder, Hegel, Leibnitz, Kant, Schelling y Schopenhauer, abarca la mitad del género humano; es la base religiosa del Buddhismo y Brahmanismo de la India y la más antigua del mundo. Por ella, Sócrates, declinando su fuga arreglada por Criton con el carcelero de su prisión, aseguró á sus discípulos que mejoraba de condición, yéndose á otra humanidad mejor que la que dejaba, plagada de errores é injusticias. ¿Qué otra cosa son los grandes genios de la poesía, del arte y del Humanismo, sino ecos y reminiscencias de las supremas armonías de un mundo espiritual impregnadas de esa nostalgia de Ideales náufragos en el torbellino de discordancias de la vulgaridad y de la Injusticia? Ella es la que ha envenenado las fuentes del Paraíso de la Vida, transformándolo en un Valle de Lágrimas.

Las almas están destinadas á realizar su gradual perfeccionamiento, pasando por una serie de encarnaciones expiatorias y purificadoras en escala ascendente, desde el nivel moral y espiritual hasta el seno de la Divinidad.. »



Pinto Ribeiro.—*Contos Novos.*—Traducción de varios autores españoles.—Gouveia (Portugal), 1902.

Un entusiasta de nuestra literatura, el escritor portugués Sr. Pinto Ribeiro, ya citado antes de ahora en nuestra revista, acaba de emprender la publicación de una obra que le honra en extremo. Llevado de sus ideales unificadores ha traducido á su idioma algunos fragmentos de nuestros grandes literatos, reuniéndolos en un bonito volumen.

Precede á éste un prefacio en el cual se encuentran sintetizadas las aspiraciones del autor al publicar su nobilísimo y en extremo laudable trabajo. He aquí algunos de sus párrafos que dicen en pro del Sr. Pinto Ribeiro más que todo lo que nosotros pudiéramos decir:

«Viénenos de España un ardiente llamamiento de efusión fraternal, lleno de las santas vibraciones de una idea de amor, que se propone encauzar amistades y hermanar aspiraciones, avalorando los esfuerzos de la más elevada fraternización.

Responder á ese llamamiento es nuestro deber, enviando á nuestros hermanos literarios nuestros corazones, que ansían la propagación del mismo Evangelio, vitalizado y evidenciado en la más alta manifestación del espíritu humano: el Arte.

Divulgar, pues, las obras de nuestros Hermanos, es grandemente útil é inmensamente necesario. Es preciso hacer conocer en Portugal las aspiraciones luminosas y los grandes ideales que dirigen la nueva generación española... etc.»

Deseamos que quien pronuncia estas frases llenas de tan sanas aspiraciones, el ilustre hispanófilo Sr. Pinto Ribeiro, encuentre todas las facilidades

posibles y necesarias para la continuación de su obra, nacida al calor de tan nobles ideales.



Carlos Fourier.—*Doctrina social. El Falansterio.*—Casa editorial del Sr. Rodríguez Serra. (Flor Baja, 9, Madrid.)

Precedida de un prólogo del Sr. Novella acaba de aparecer en castellano la traducción de dos famosas obras del original escritor francés C. Fourier. Nada hemos de añadir á lo mucho que se ha escrito sobre éstas. Su autor, utopista desequilibrado para unos, ó sobrenatural vidente para otros, pero siempre pensador original lleno de chispazos de indiscutible genialidad, es harto popular para que intentemos verter acerca de él nuevas ideas. En las obras que de él publica el Sr. Serra encuéntranse expuestas sus teorías filosóficas y sociales y todo su complicado sistema falanstérico, y no hay para qué decir que muchas de estas teorías, en lo que tienen de razonable y elevado—prescindiendo de su exposición extravagante—, son de interés marcadísimo para todo amante de la humanidad, y de interés, por tanto, para todo lector teosofista.



Pío Baroja.—*Idilios Vascos.*—Casa Rodríguez Serra.

Seis interesantes narraciones componen la obra, llenas de poesía y originalidad, como todas las del joven y popular escritor Sr. Baroja. Los tomitos de la Biblioteca Mignon, *Idilios vascos,* van acompañados de ilustraciones, que esta vez son de Ricardo Baroja y de Sancha.



Italo Giuffré.—*Canti di Primavera.*—Roma.

La presente producción forma parte de la *Pequeña Antología de la Juventud*, en donde han sido publicadas selectísimas obras. El actual tomito, consagrado á popularizar las bellísimas composiciones del poeta Italo Giuffré, es una escogida colección de cantos llenos de verdadero clasicismo.



NOTAS Y RECORTES

Nuevo hallazgo de cruces antecristianas. A todos los curiosos datos que *La Doctrina Secreta* aporta sobre la cruz como símbolo de carácter religioso en épocas arcaicas (T. II., p. 513), hay que añadir uno de que da cuenta la prensa extranjera. He aquí lo que sobre el particular dice una revista española:

«M. Henry ha presentado y explicado á la Academia de Jurisprudencia una colección de planos y fotografías referentes á los estudios hechos por iniciativa del duque de Loubat en las célebres ruinas de Mitla, provincia de Oaxaca, en México.

Se han descubierto antiguos monumentos, particularmente un cementerio con sepulcros de piedra muy bien labrada, colocados en forma de cruz. *Mitla Miclan* significa «la morada de los muertos». Es la gran Necrópolis de los antiguos Zapotecas.»

La Teosofía en el Brasil. Según nos comunica nuestro apreciable amigo el literato brasileño Prof. Darío Velloso, el centro de estudios esotéricos que tan importantes trabajos viene realizando en aquel país ha inaugurado una serie de conferencias sobre temas teosóficos. La primera de esta índole ha sido la del escritor Sr. Leite Junior, dada en 26 de Enero de este año en la *Escuela Carvalho* y que, publicada en un opúsculo, hemos recibido. La segunda conferencia versará sobre la personalidad de H. P. Blavatsky, trabajo que realizará el Sr. Darío Velloso, y que, como todos los suyos, será verdaderamente interesante.

Nuevas revistas. Con el título de *Filosofía y Letras* ha comenzado á publicarse en Buenos Aires una importante revista, órgano de la allí recién creada Facultad de este nombre. De su importancia puede formarse idea por los siguientes sumarios, que son los de los dos primeros números:

Número primero: «El Dr. Valentín Balbín».—Dr. Horacio G. Piñero: «Psico-fisiología de la atención».—Samuel A. Lafone: «Schimidel á la luz de Villalta».—Dr. Calixto Oyuela: «Consalvo» (de Leopardi), etc.

Número segundo: C. Funes de Futos: «Degeneración del Ideal clásico francés en el siglo XVIII».—Augusto R. Rivas: «Actos psíquicos y fisiológicos».—René Bastianini: «El concepto de la felicidad en algunos autores». —Ricardo E. Cranwell: «Ad mœcenatem».

La Administración de *Filosofía y Letras* es Viamonte, 430, Buenos Aires.

—

Hemos recibido asimismo el número cuarto de la nueva revista *Echo scientifico* que se publica en Lisboa, Rua de Boa Vista, 140, 3.°. El sumario de este número es el siguiente:

«El libre cambismo como factor principal de nuestra crisis económica», J. Neves.—«Poetas portugueses», F. Agudo.—«Geometría moderna», I de Castro.—«Del Estímulo», C. y Silva Junior.—«La flexión de los arcos», I. de Castro.—«La caridad», J. Pestanha, etc.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.



D. FLORENCIO POL

† EL DÍA 3 DE JUNIO DE 1902